

**Ediciones Turas Mór**  
es un emprendimiento  
para crear libros electrónicos  
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras  
pertenece exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial  
de este material sin la cita de su fuente  
y el respectivo permiso de su autor.

Para comercializar ejemplares en soporte papel  
se debe solicitar acreditación  
como impresor autorizado.

**Ediciones Turas Mór**  
es miembro fundador de  
**e-ditores.**

#### e-ditores

e\_ditores@yahoo.com.ar

<http://editores.sub.cc/>



#### Ediciones Turas Mór

e\_ditores@yahoo.com.ar  
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Para ver una copia de esta licencia,  
visita [http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es\\_AR](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es_AR).



Ediciones Turas Mór

GR 2014



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial ..... 3

*El baile de los facones* (DANIEL ANTOKOLETZ) ..... 5

*Cinco guerreros* (GONZALO SALESKY) ..... 11

*H<sub>2</sub>O* (JUAN ETCHEGOYEN) ..... 13

*El Errante* (CARLOS PÁEZ S.) ..... 16

*En la vieja mansión de los Tadic* (MARTÍN DURAND) ..... 21

*Mientras el cuerpo aguante* (SAURIO) ..... 25

*Las gemelas* (EDUARDO POGGI) ..... 33

*El ojo de Dios* (CARLOS MORALES) ..... 37

*Una luz de esperanza en medio de la oscura noche* (ANTHONY ZALDÍVAR ARCOS) .. 42

*Ropajes* (NANIM REKACZ) ..... 46

*La playa cósmica* (DANIEL FLORES) ..... 48

*Extraños en la noche* (JUAN M. VALITUTTI) ..... 53

*La Reestructura* (FEDERICO ALDUNATE) ..... 55

NM

[www.revistanm.com.ar](http://www.revistanm.com.ar)

[director@revistanm.com.ar](mailto:director@revistanm.com.ar) / [revistanm@gmail.com](mailto:revistanm@gmail.com)

<http://sites.google.com/site/revistanm> / [www.facebook.com/RevistaNM](https://www.facebook.com/RevistaNM)

Dirección y grafismo: **SANTIAGO OVIEDO** / Corrección: **CRISTINA CHIESA**

Revista de distribución gratuita en formato electrónico, dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para e-ditores.

Safe Creative ID: 1407131447855

Se agradece por haber tomado parte en este número a: MARÍA DEL CARMEN CICONI, BELÉN TORRAS, RICARDO G. GIORNO y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "Lis" (GUILLERMO ROMANO)

<http://guilleromanoblock.blogspot.com.ar>

Musicalización estocástica: *Apareamiento del mosquito mutante* (KPS)  
<http://www.goeur.com/listen/f732581/apareamiento-del-mosquito-mutante-for-animal-planet-kps>

gomer. El lenguaje de silbidos. De hecho, habían olvidado el español y cualquier otra lengua que hablaran. Con los silbidos, sólo les faltaba volar.

Pero algo andaba mal en el vol. Elenita participaba de la sesión sin deformación lingüística aparente. Además, la muletilla de Alonso me había despertado atención desde el vamos. Él no me llamaba a mí. Tampoco se refería a Borges. Mucho menos a la alusión a los Inmortales. Pero yo hubiera pensado, erróneamente, que Xerxes era el origen de Jorge, una transliteración del nombre; ésa era la cuestión. ¿Por qué incluiría Alonso una expresión de mi inconsciente en sus motivaciones lingüísticas? ¿Y qué información pren-

saba yo en Elenita para el funcionamiento correcto del vol? O, quizá, ¿qué impregnaba ella en nosotros?

Cuando la sesión finalizó, Alonso estaba apartado a pocos metros en el monte contiguo y gritaba frases incomprendibles. Los tres fuimos corriendo a su encuentro. Entonces nos miró y dijo: —La noche descalza avanza, Xerxes. Y si la noche está descalza, qué queda para el día, o el arriba brillante. La complejidad no debe ser golosina.

Luego todos miramos la Luna, como conociendo su secreto. Y allí, en el candil, dejamos las palabras hasta nuevo aviso...

© FEDERICO ALDUNATE, 2014.

FEDERICO MIGUEL ALDUNATE  
 (Argentina —Buenos Aires, 1986—)

Estudia en la Universidad Nacional de La Plata y en la asociación nipona Anulp, y es tamborilero de candombe en la comparsa de Tolosa. Colaboró en **La cueva del lobo**, **Escuela de Fantasía**, **miNatura** (finalista del Certamen 2013 de Poesía Fantástica) y **Novurbo** (continuación abierta de "2059", por JESÚS PÉREZ), y es guionista de cómic en **Exégesis**. Fue traducido al francés por la Universidad Poitiers en el marco de *Lecture Dailleurs*. Administra <http://elpapoola.blogspot.com.ar> y en **NM** publicó "El loop de Fuentes" (# 30).

	<p><b>PROXIMA</b> es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante.</p> <p><a href="http://revistaproxima.blogspot.com/">http://revistaproxima.blogspot.com/</a></p>	<p><b>CONSÍGALA EN:</b></p> <p>CLUB DEL CÓMIC: Montevideo 255, CABA                  CLUB ORSAI / QUIOSQUITO DE LIBROS: Estados Unidos 2786, CABA                  EL BANQUETE LIBROS: La Pampa 2508, CABA                  ENTELEQUIA Belgrano: Juramento 2584, CABA                  ENTELEQUIA Centro: Uruguay 341, CABA                  ESPACIO MOEBIUS: Bulnes 658, CABA                  KIOSCO DE DIARIOS Y REVISTAS PUCARÁ: Av. Corrientes 5509, CABA                  LA COMARCA. THE OUTER RING COMICS: Neuquén 599, CABA                  LIBRERÍA TERRAMAR: Av. de Mayo 1110, CABA                  TARDIS. Kiosco de revistas, cómics y libros: Av. Independencia esq. Perú, CABA                  KIOSCO DE DIARIOS MORENO: Piovano esq. Martínez Melo, Moreno (BA)                  LIBRERÍA LIPI-BROPOS: Martínez Melo 178, Moreno (BA)                  LIBRERÍA TIEMPOS DE PAPEL: Calle 27 n° 354, es 16 y 18, Mercedes (BA)                  PURO CÓMIC: 3 de Febrero 1180, Rosario (SF)</p> <p><b>TAMBIÉN EN:</b></p>
--	--	--

español que habían reaprendido luego del primer movimiento tomó las riendas del nuevo espacio intercultural, como si fuera aquel latín de la época preindustrial.

Una especie de quechua se extendió por los Andes bajos y así también en la vasta tundra de Siberia, como esperando que el hielo cope el estrecho de Bering una vez más y se produjera algún día un abrazo campal. Sin embargo, este idioma difería del original; no se podía describir ningún aspecto de la anatomía de las personas, incluyendo desde el hígado hasta los rasgos faciales. Por esta razón no se podía decir “dame la mano” sin recurrir a frases como “hagamos un puente entre nosotros”. Para marcar un dolor interno algunos optaban por enunciar la inversión espacial de un clima funesto, como “las tormentas están al revés”, entre numerosos rebusques y las confusiones correspondientes.

Desde el corazón de Sudamérica hacia México se expandían ciudades con apariencia de enormes atrapasueños. Esto se debía a que las personas habían vuelto al *quipu*, los indescifrables nudos incaicos. Las interminables cuerdas de algodón daban cuenta de todo lo que ocurría. Una vez que un nudo se ha hecho nadie lo tocará y en su complejidad podrá estar relacionado con otro a un kilómetro de distancia, para formar una oración. Será opción de la naturaleza borrar pasajes de la historia.

El *vol* cruzó océanos. Cubriendo el valle del Indo, el Himalaya y el Tíbet estaba el silencio. Las personas allí habían perdido el habla; sin embargo,

se entendían perfectamente. No había telepatía ni miradas que sugirieran conceptos. Y recordé a alguien que me decía “están por acá”, haciendo un círculo con su palma encima de la cabeza.

En Alemania la mitad de los sobrevivientes reciclaba instrumentos del mundo que quedó atrás, puesto que eran su único medio de comunicación. Las charlas cotidianas estaban en cuatro por cuatro. La nueva política —por cierto, no tan anárquica como se esperaba de un pueblo naciente— estaba en tres por cuatro. La porción de la ciencia recuperada se contaba en tres por ocho. Para todo lo demás, la exploración. Las noticias en los barrios reconstruidos a medias las interpretaba un individuo en un *klavier* (¿olvidarían tan hermosa palabra?), un piano. Algunos eruditos recordaban partes de libros o reescribían historias famosas como Hamelin. Esas historias eran orquestales y habitualmente requerían al menos treinta músicos o, mejor dicho, hablantes.

La otra mitad, y hacia gran parte de la Galia, hablaba un idioma de repreguntas constantes, como la retórica del diván. Incluso tal vez con esa percepción temporal propia de los japoneses. Y las conversaciones se hacían largas.

Al sur de Europa se hablaba un idioma de tan sólo cinco palabras. Pero las variantes de entonación duplicaban la cantidad de las de cualquier lenguaje anterior.

En las islas Canarias se encontraban los únicos hablantes que mantuvieron un idioma original, aunque no fuera su lengua madre (¿o sí?), el *silbo*

Como algunos saben, **NM** no es una revista para cualquiera, porque no es una revista, parafraseando a RENÉ MAGRITTE.

Por lo menos, no es una revista de ciencia ficción, de fantasía ni de terror, pese a que así figure en la tapa.

En su interior en verdad subyace —como bien saben sus lectores— *la nueva literatura fantástica hispanoamericana*. Aunque, en realidad, eso tampoco es cierto. Porque, en pureza, antes que “hispanoamericana”, habría que hablar de “panhispánica”.

No se trata de nada nuevo, por cierto. Cuando en 1983 DANIEL BARBIERI lanzó el *fanzine Nuevomundo*, su objetivo ya era el de difundir obras de autores de habla castellana herederos de la tradición de HORACIO QUIROGA, LEOPOLDO LUGONES, MACEDONIO FERNÁNDEZ y JULIO CORTÁZAR, entre otros (restringiéndonos, como ejemplo, sólo al ámbito rioplatense), enriquecidos continuamente por las nuevas corrientes literarias, en un vislumbre del fenómeno que actualmente llamamos “globalización”, con algo de desprecio o de temor, o —cuando nos involucra— “aldea global”.

Una de las consignas de quienes editamos **Nuevomundo** fue la de publicar sólo material escrito originalmente en español.

No abjurábamos de la lectura de traducciones de obras escritas en otras lenguas ni las anatemizábamos —pese al chovinismo que algunos nos achacaban—, sino que queríamos que la revista sirviera para exponer el resultado de la interacción de todo eso en nuestros creadores.

En sus ocho años, **Nuevomundo** tuvo cambios de formato, de tecnologías para la confección del producto final, renovaciones de equipo de trabajo,

y hubo crisis económicas que afectaron a los plazos de lanzamiento. En definitiva, con muchos sacrificios, totalizó dieciséis números, la mayoría de ellos dignos de una antología.

En la misma cantidad de tiempo, **NM** consiguió publicar treinta y dos números y esperamos que la calidad de ellos por lo menos iguale a los de su predecesora.

Las vicisitudes que hay que atravesar, pese a las diferencias de soporte (papel/Internet), siempre están presentes. Desde el presupuesto del *hosting* y los gastos de registración en Nic.ar, a la migración a otra computadora, cuando se “cae” aquella con la que se viene trabajando.

Pero los creadores siempre están ahí. Y eso nos obliga a no bajar los brazos y a seguir adelante con el proyecto.

Hay quienes dicen que por estos lares no se publica ciencia ficción y coincidimos con ellos. Como decíamos antes, es nueva literatura fantástica. No es anglo. No es del Norte. No es del llamado Primer Mundo. Tiene voz propia, aunque los de afuera la critiquen porque se parece a aquélla y no tiene gauchos, cuates, changos ni personajes parecidos. No buscamos remedar a los autores estadounidenses de la Edad de Oro de la CF ni nos quedamos aferrados a *El eternauta*.

Queremos que **NM** sea más que el acrónimo de **Nuevomundo**, para pasar a ser **Nuevos Mitos**, en el sentido que MIRCEA ELIADE le da en *Mito y realidad* a las expresiones artísticas modernas, al decir que “es un ‘nuevo mundo’ lo que se está reconstruyendo sobre las ruinas y los enigmas” en una sociedad desesperadamente desacralizada, pero que la literatura, especialmente la épica, “no carece de relación con la mitología y los comportamientos míticos”.

Miramos, entonces, hacia el futuro, buscando nuevas formas de expresión. Por eso decimos que **NM** no es una revista, en el sentido tradicional. Porque en su versión electrónica gratuita permite acceder a contenidos multimediales, como los temas musicales que acompañan a cada número, y en algún momento puede llegar a expresarse como experiencia audiovisual.

Para eso hace falta todo el esfuerzo de los que desarrollamos cada ejemplar, comenzando por los autores y los ilustradores, para finalizar con los lectores, pasando también por el apoyo de quienes, desde el Programa IA (Impresores Autorizados), permiten la existencia de la revista en soporte papel, para deleite de quienes pueden acceder a ese objeto físico tangible que busca aparecer puntualmente cada tres meses.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 4. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4 y Gimp 2. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con jPDF Tweak 1.1.

lado por compendios de consciencias. Una simbiosis biocultural. Sin embargo, Alonso tendría otra apreciación.

—Las manchas oscuras de este lago neocámbrico me acercan a una pirexia, *Xerxes*. Y es que lo son en sí. A donde miro con ojos que transgreden el guacal, veo pirámides. Escucho el crepitar de marfil. De un marfil. O alguna fiera que se duerme pero despierta a otra como los Inmortales —decía, mientras los tres lo mirábamos con un terrible ardor en el paladar—. Y que no es tiempo quizá, *Xerxes*, para esta hermosa visión. Es por el momento una intromisión que llevará a una falacia catastrófica, *Xerxes Loui*. La peor falacia desde *the unification of the forces and fornication under consent of the king*...

Un año completo pasamos hablando lenguas germánicas después de la primera sesión. Todos los que habíamos el campo. Hablamos alemán, inglés, sueco, noruego, gótico, danés y numerosas mezclas con lenguas perdidas. Completamente conscientes y con variabilidad a la hora de comunicarnos. Fue un largo suplicio. Borges entendería tlönés y JRR cualquier sincretismo greco-germánico, pensé. Fue pesado, excepto por algunos *kenningar* escaldos como “el plato de los humanos”, que se acercaba a definir algún Universo. O el que Alonso decía continuamente —“estas vertientes”—, refiriéndose a la Reestructura. Y el de Elenita, que exhaló en los últimos días “tú/vos a mi lado”: Amor. Y por eso, al regresar al estado previo, nuestras palabras fueron obvias.

El *vol* se reuniría una vez más.

Esa misma noche volvimos al monte. El *vol* se planteaba cuáles eran los nuevos caminos del ser humano y la figura del demiurgo en la Reestructura. ¿Cuántos demiurgos? O la caída de un plato de sopa en el lago neocámbrico de Alonso. Una solución infinitesimal cual Hahnemann.

Las figuras eran ahora flases de cámaras gigantes en un estadio y aquellas fieras abismalmente apaciguadas, como si en vez de comer estuvieran apenas tomando agua de a sorbos, o un pequeño té.

En la cuenca del Río de la Plata se hablaba una mezcla de español (en sus dialectos locales) y yoruba, con una gramática especial. Por ejemplo, “¿cómo estás?” se decía (y se sigue diciendo) “*che, ¿kini okunrin?*” o “*che, ¿kini obirin?*”, siendo que originalmente significara ¿qué es un hombre?, ¿qué es una mujer? o —más bien— ¿qué es una persona?, en el nuevo idioma parecía plantearse una definición del ser en cada encuentro. Y del lado uruguayo quizá se cambiaba el *che* por un simple “hola” o “chau”, usados indistintamente en saludo y despedida. En esta zona se reconstruían de a poco las ciudades a partir de las *ilé* ancestrales, las ruinas, y la Reestructura se nombraba *Crianza Egun Ndongue*; algo así como “renace el espíritu del pueblo”, propuse. Elenita lo planteó como “se cría el nuevo pueblo” y Alonso lo tradujo como “nacimos”.

El pueblo paría no sólo sobrevivió; aumentó de manera abismal y vive en paz. Llegamos a contar veintitrés dialectos, que formaban tribus. El

## EL BAILE DE LOS FACONES

DANIEL ANTOKOLETZ

—No sé. Tal vez lo simple; víveres y a la ruta —atiné a contestar.

—El amor no necesita muchas palabras —replicó Elenita con voz suave y sin resignación.

—Amigos. Una masa de gente —dijo Ger, que parecía un francés por el acento.

Cuando las turbas estaban por caer, Elenita me abrazó. Luego todos nos abrazamos en falange. Y, después, el exilio.

En un pequeño campito de la provincia pudimos sostener un tiempo la bandera. Los cuatro y los familiares que vivían en la ciudad, uno de los cuales era el dueño. La experiencia del bloqueo coreano daba mañas al miedo. Los cuatro nos entendíamos perfectamente y eso era importante. Eso era lo fundamental.

—Tu léxico aumentó y el de Alonso también —decía Elenita mientras cosechaba unos tomates—. Él apenas conocía las palabras; en dos meses no lo instruí tanto.

—Cierto es, *Xerxes Loui*. Ajena no nos fue esta pandemia. El hombre de las cavernas no quiere volver; es lo que siento, *Xerxes* —sumó Alonso.

—No, yo también lo siento. El lenguaje es un bienpreciado y peligroso. Nadie vuelve a la inocencia luego de la niñez. La humanidad no vuelve a una infancia, se resiste —dije.

—Sea lo que haya sido, están tocados. Contagiados —dijo Elenita.

—¿Como qué lo sienten? —indagó Ger.

—Sí. Alonso y yo estamos adentro. Elenita es la única sana. Tal vez desde el principio y nuestro nuevo

idioma tan sólo es el mismo, ampliado. Pero ampliado a un nivel intersticial. Ocupamos espacios entre las personas. Por eso sentimos —expliqué.

—Los individuos son palimpsestos cutáneos, *Xerxes Loui*. Investigaremos.

Lamentablemente no fue suficiente, pero me di cuenta en el trabajo comunitario de que podía leer a todos. Sabía qué seña significaba cada cosa para cada uno. Mas, cuando aumentó la cantidad de gente, se me hizo imposible.

—Todos juntos quizá podamos. Yo misma no estoy segura de no tenerlo —adicionó Elenita, con una mueca confusa.

Elenita, Ger, Alonso y yo entendimos que el siguiente paso era crear un organismo descriptivo. A este organismo lo llamamos V.O.L., por Vasta Ontología del Lenguaje. Una exploración de las conversaciones anodinas de un mundo sin fútiles argumentos.

Los cuatro subimos al monte, dejando a los familiares seguros en la casa. Era de noche y teníamos vista a una delgada rivera. El sonido mínimo y una luz tenue de Luna para una primera sesión tomados de las manos.

El *vol* meditabundo era un espacio espejado, bifurcado. Con formas pseudofantasmales y tejidos de telaraña. Pero una cosa era segura: eso era el presente. Y la locomoción sobre los cuerpos estáticos de todo el mundo todavía era perceptible en numerosas zonas. A veces con variaciones groseras de un segundo a otro. Un organismo de apariencia viva. Un ente mode-

Como cada noche, sentada en el tocón de los amantes junto al claro del monte, Mariel espía desde el romanticismo de sus doce años la eterna pelea a cuchillo.

Puede ver cómo los duelistas clavan una mirada fiera uno en el otro. Enrollado en el brazo de Rosendo, el poncho es una serpiente raída. El facón, en su otra mano, esplende a la luz de la luna. Sus botas de potro apenas rozan la hojarasca.

No hay miedo en los ojos del gaucho, como tampoco lo hay en los de su rival. ¡Guay! Salta hacia atrás Rosendo, esquivando apenas el puntazo de Venancio. Su brazo protegido desvía el filo que trató de tajarlo, agredándole otra herida al viejo poncho. Tira a fondo su arma, pero hiende el aire precisamente en el lugar donde, segundos antes, estaba el cuello enemigo. Las miradas enganchadas una en la otra tratan de anticipar los

movimientos, las artimañas letales. Avanzan, retroceden, giran y vuelven a avanzar, respondiendo a la música de los facones.

La luna teje sombras en el monte; hace brillar el chambergo de Rosendo que cuelga de una rama. Las fantasmagóricas imágenes de la arboleda tratan de capturar a los contrincantes, que buscan fundas para sus armas. En el claro, hecho de una luz espectral, los hombres se enfrentan. ¿Cuántos duelos han atestiguado esos árboles? ¿Cuántos sablazos errados marcan sus cortezas? Los jirones de niebla se condensan por la brisa.

Los gauchos se observan, se miden; buscan una flaqueza en la defensa enemiga. Rosendo tira una "Dios te guarde", bien pero bien de arriba abajo. Una finta de Venancio y salto atrás, revuelo de poncho y parada... Se escucha el batir de los cuchillos y algunas chispas compiten

con las estrellas. Retrocede y avanza Rosendo; las monedas de su rastra evitan un seguro tajo. Su poncho envuelve diestro el filo, y una puñalada a fondo entra en las costillas de Venancio.

La mirada glacial se pierde en las tinieblas. El rebenque le cuelga flojo al vencido, que cae clavando su facón entre las hojas.

Rosendo observa el cadáver a sus pies, y suelta el acero manchado.

Cuando se vuelve hacia el monte, Mariel lo mira, lo mira. Y, cuanto más lo mira, más se aterra.

—¿Qué hace acá, niña? El monte es muy peligroso pa' que ande sola.

Ella lo observa sin siquiera un parpadeo. Sólo tiembla; su ropa al viento.

El hombre se agacha y envaina su arma. Quitada dos monedas de su cinturón, las deja sobre los ojos de Venancio. Se sienta en un tronco caído, mira el monte y se cubre la cara en un llanto sin lágrimas.

—¡Mariel! —la llama la hueca voz de su abuela—. ¡Marielita!

La niña sale corriendo dejando sombras en el claro: un hombre y un cadáver.

A la noche siguiente, algunas nubes cubren el monte. Escondida detrás de un coihue, Mariel ve a Rosendo esperar en silencio la llegada de Venancio. El hombre ajusta sus botas de potro y cuelga su chambergo de una rama. Besa un gastado pañuelo blanco, lo ata alrededor de su cabeza y se apoya en uno de los árboles a esperar. En la lejanía, hacia el sur, se oyen ladridos.

Ya viene; unas hojas crujen, y el hacendado —lo parece por la finura de su ropa— se acerca desafiante. No es muy viejo, pero sí más corpulento que Rosendo.

—No creas que tendrás a la Julieta —empuja a Rosendo—. ¡Ella es mía! Y no podrás hacer nada para cambiarlo...

—Ella ya decidió —responde esquivando un rebencazo—. No la molestés más. Sabés que ella no te quiere ni ver.

—Eso es porque la engualichaste, Rosendo, pero tu muerte la libraré.

—Pela rápido su facón y se alista para el combate—. Yo te voy a despenar, y la Julieta se vuelve conmigo; ya arreglé con su tata el casamiento, y ella deberá respetarlo.

Rosendo retrocede y revolea diestro el poncho, envolviéndose el brazo. La punta del arma de Venancio brilla bajo la luna. Agazapados, con las piernas abiertas, estudiándose, orbitan alrededor de un punto común. Giran en una lenta danza de muerte.

Venancio salta hacia adelante, y su facón busca las costillas de Rosendo, que rueda y lo esquiva. Es un combate entre su juventud y la experiencia de Venancio.

Los músculos tensos se mueven con precisión. Mariel puede ver los nudillos blancos de esas manos que aferran los cuchillos. En el silencio del monte oye los bufidos de los contrincantes, el batir de los metales. Se atacan, se golpean y se alejan midiéndose, tomándose un respiro.

Mariel se acerca al claro, y el crujir de una rama hace que los hombres se vuelvan. Ellos la miran sin

y los buques ingleses estuvieron listos para zarpar; irían directo a la cuenca del Plata.

Sin embargo, la invasión no se llevó a cabo. Simultáneamente a la toma de armas, la noticia corrió velozmente; la aparición de innumerables focos alrededor de todo el globo.

Yo simplemente pedía poder comunicarme con los míos. Y, sobre todo, que Elenita no cambiara de idioma. Me la imaginaba pronunciando un alfabeto hecho únicamente de vocales o gruñidos de un oso pardo al que nunca había escuchado, con los brazos abiertos implorando entendimiento. Pensaba si habíamos sucumbido ante el pecado del *hibris*, quedando nuestras gargantas en contrición. Pensaba en una revolución entrópica. Pensaba que poner un dólar en una estatuilla de un elefante era una cosa, pero pagar diciendo “aquí tienes elefantes” era un idioma. Pensaba que en los lapsus del lenguaje hay cosas ocultas, como “miedo” y “medio”, o usar los miedos como medios; o el timo, la glándula infantil, timo-engaño y el *leitmotiv*, Timothy y un timo vil. Incluso “sorteo” como el azar y la elusión. Pensaba en un tipo de afinidad de las palabras aliteradas, como “progres” y “pogromos”. Sentía que algún sibarita lingüístico seguramente existiría. Sentía que no todo estaba perdido.

Al principio, Elenita, yo y todos los que todavía hablábamos español ayudábamos en la compraventa de víveres, que aún era posible mediante señas. Algunos dejaban una lista de lo que siempre iban a requerir y de-

cían “te la dejo por si me pasa”. Para ese entonces los idiomas propios variaban día a día. Es decir, cada persona hablaba un idioma distinto por día.

Luego diseñamos otro sistema —repartir los víveres y tomar el dinero necesario—, pero se expandieron el temor, los robos y los saqueos.

Eventualmente las señas sucumbieron al mismo efecto lingual. Ya el dedo medio e índice levantados no significaban “dos”; tal vez significaban “lo que está más adelante” y apuntar hacia arriba quería decir “me llevo cinco”, pero para otra persona era el nombre de alguna fruta. El sistema comercial sucumbió, los medios se detuvieron y la sociedad colapsó.

Para ese entonces Elenita había acercado a Alonso, uno de sus alumnos del programa de alfabetización, previo al caos. El trabajo natural de Elenita era enseñarles desde cero a leer y escribir. Este alumno en particular era un señor salido de la nada; nunca había aclarado el barrio de procedencia. Había llegado al programa por sus propios medios. Él era un Kaspar Hauser cualquiera. Siempre con su traje negro, su camisa blanca y su pañuelo de gaucho. De corta estatura y un habla veloz, tenía un español perfecto, por lo cual nos estaba ayudando.

—Dígame, *Xerxes Loui*. ¿Qué requiere esta inmisericorde Babel? Un libertario mínimo que nuble los fallidos honoris causa caídos —dijo Alonso, refiriéndose por primera vez a los investigadores científicos del tema.

reanos y las personas fueron liberadas. A diferencia del caso argentino, la gente no había podido reaprender el idioma original y seguían manejándose con señas y escritura. Pero si abrían la boca podían oírse desde monosílabos consonantes hasta expresiones guturales o sonidos de animales, según se reflejaba en los medios.

Al día siguiente a la liberación, el ejército norteamericano comenzó a registrar casos. Un soldado comenzó a emitir sonidos como chiflidos de distinta duración y se lo tomó por insano, pero al final de la semana una cuarta parte de los *marines* hablaba una serie de idiomas distintos.

Los norcoreanos lanzaron entonces una contraofensiva arrasadora y la batalla se emparejó. Creyeron que sus trajes eran mejores. Pero al mes de la encamizada lucha todos los involucrados—norcoreanos, surcoreanos, norteamericanos y chinos—podían contar numerosos casos y algo determinante había cambiado. Estos seres humanos ya no podían comunicarse ni por escritura. Tan sólo unas pocas señas hacían posible la continuidad.

Los ejércitos se disgregaron y hubo suicidios masivos en todos los bandos. Los países asiáticos llevaron a cabo un bloqueo continental total y militarizado de la zona.

Por seis meses las relaciones internacionales pendieron de un hilo. El caso argentino y la región asiática confinada estuvieron en el eje de las disyuntivas. Por miedo, la exploración a distancia del lugar se hizo tardía y el resultado fue sorpresivo. Las zonas

rurales sobrevivientes habían prescindido de las palabras habladas, escritas o señas y en principio se manejaban. Pero los sobrevivientes urbanos y los soldados que quedaban atacaban los campos a discreción. La “ley de la selva” se había asentado. La “ley de un Vietnam”, con dos o tres palabras menos.

Mientras, la OTAN, con excepción de los Estados Unidos, golpeado a depresión por la pérdida de miles, centraba el ojo en la Argentina y en los posibles agentes de propagación aún presentes, con su lengua materna reaprendida. Estos agentes babelianos sintieron el peligro y el insano mundo afloró en situaciones desbordadas.

Un buen grupo se reunió, tomó las armas y se ocultó en algún recóndito lar de la pampa húmeda. No se supo más de ellos. Parias por opción y supervivencia.

Otro séquito inició una diáspora clandestina (los países limítrofes habían cerrado legalmente sus accesos). Estos últimos se expandieron tanto por América como pudieron y, mientras los ingleses, los alemanes y los franceses tramitaban una decisión definitiva, abrieron las venas del continente.

Un fulano quilmeño provocó el inicio de la tercera invasión, al partir de Río Gallegos como balsero y desembarcar solo en las islas Malvinas, con la absurda idea de escupirles la comida a los ingleses y sumergir en el caos a la dupla insular, convencido de propiciar un contagio masivo. También corrió la versión de que sólo quería provocarles un “español”. El hombre fue rápidamente sometido

dejar de forcejear. Rosendo retiene la mano armada de Venancio, y Venancio retiene la mano armada de Rosendo.

Tal como en la noche anterior, Mariel los observa.

—¿Qué hacés acá, niña? —le dice Rosendo—. El monte es muy peligroso para que andes sola.

La chica, interesada como la noche anterior, mira a Rosendo sin constatarle. Luego a Venancio.

—¿Por qué lo mataste ayer? —pregunta señalándolo.

Los gauchos se sorprenden. Ella se acerca y la observan extrañados.

—¿Por qué lo mataste anoche? —insiste Mariel.

—¿A quién? —Rosendo se acerca a la muchacha—. ¿A quién maté yo? —Hinca una rodilla en la hojarasca para estar a la altura de sus ojos.

—A él. —Mariel apunta con el dedo a Venancio.

Los hombres ríen, aunque se nota el nervio en la risa de Venancio. Se acercan hacia la jovencita, pero ella da un paso atrás rozando con los dedos su crucifijo de plata.

—Mi abuela me dijo que los fantasmas no pueden hacernos daño, pero mejor que no se acerquen. ¿Por qué peleaban?

—No somos fantasmas —dice Venancio—, y no peleábamos. Sólo practicamos nomás.

—Mentira —dice la niña—. Mentiara las dos cosas.

Los gauchos la miran con compasión. Venancio hace un gesto inconfundible: o está loca o es muy fantástica. Rosendo acomoda su rastra y se incorpora. Vistea a su contrin-

cante y, al ver que ha enfundado su arma, se acerca a él.

—¡Marielita! —se escucha la voz hueca de su abuela—, ¿cuántas veces te dije que no te adentres de noche en el monte?

Torpe se aproxima la vieja, una de sus manos apoyada en un tronco; la otra tanteando delante con su bastón blanco.

—Pero, abu... Estoy hablando con los fantasmas que te conté ayer.

La mujer se acerca a su nieta. Enarbolado, su palo amenaza el claro del monte. La niña ve la cara de los gauchos cuando se topan con los ojos de la anciana: se quedan pasmados.

—Ahí están... —Mariel le dice a la abuela—. Junto a ese árbol.

La anciana escruta las sombras, pero no ve a nadie; desde hace años que apenas ve bultos. Aguza su oído y trata de percibir. Los gauchos la observan sin hacer ruido.

—No me gusta que mientas, nena. Y andá para la casa, que ya es tarde y se levanta el frío.

—Yo no miento, abue —responde ofendida—. Mirá... El más joven es alto, está un poco sucio y tiene esa ropa de gaucho de las películas. Y tiene un cinturón con muchas monedas pegadas. Tiene el pelo oscuro con un mechón totalmente blanco atado con un pañuelo blanco...

—Vamos, hija... —La anciana, nerviosa, da la espalda al claro y se pierde entre los árboles.

—¡El otro señor está vestido igualito! —dice fuerte la pequeña para que su abuela la escuche—. Lo único que es... es viejo. Y lleva bigotes claros.

Apenas se van las mujeres, los hombres se separan como dos gatos y las armas relucen en rápidos movimientos. El poncho vuelve a cubrir el brazo, el rebenque dibuja un arco hacia la cara del muchacho: los puntazos buscan los cuerpos. Rosendo salta con su facón al frente, Venancio rueda y lo esquiva. Avanzan, retroceden, giran en malambo infernal. Tajos en la cara, en los hombros, en el pecho... Con un pase certero, el facón de Venancio traza una sonrisa granate en la garganta de Rosendo. Cae el pendejo...

...Y en el último estertor los dos recuerdan, comprenden; una y otra vez arden, agonizan en un círculo infernal. Y aceptan. Aceptan esa eternidad de lucha con la resignación de los condenados.

Un duelo infinito.

Anochecer del día siguiente. Perfilada junto a la tranquera, contemplando cómo el sol se enreda entre los árboles, la niña pregunta, desafiante:

—¿Por qué te fuiste ayer, abuela Julieta?

—¡Velay, m'hijita! —Las manos de la vieja se retuercen, y sus ojos de ciega se pierden en ese monte que se oscurece con rapidez—. ¡Jamas te me acerqué a ese lugar! No es juego, Marielita. Es... Es peligroso.

—Pero... vos me dijiste que los fantasmas no me pueden hacer daño.

—El claro que me describ...

—...¿el tocón de los amantes?

—En ese claro —murmura apenas la vieja—, en ese claro se enfrentaron Venancio, el estanciero al que

me prometió mi padre, y Rosendo... mi amado Rosendo.

Mariela cree intuir la verdad.

—¿Y éstos...? —amiesga—. ¿Ésos son los gauchos que vi peleando anoche?

—No puede ser... Ellos murieron hace muchos años. No pueden seguir persiguiéndome. Es culpa mía. Es mi maldita culpa.

—Te dije que eran almas en pena, abue.

—Son almas en pena, sí. Y lo son por culpa mía. Por culpa mía.

—Y agrega, rasguñándose la cara—: ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Cuando las dos llegan al claro, los hombres ya combatían bajo la eterna luna llena. Y la niña se sienta al borde y los observa. El chirriar de los cuchillos chispeando resuena en el monte.

—Ya están peleando, abu...

—¡No! ¡Hay que detenerlos!

No bien las mujeres entran en el claro los gauchos bajan sus armas.

—No deberían estar acá —dice Rosendo—. El monte es lugar peligroso para una doña y una niña.

La anciana tropieza y el muchacho intenta impedir su caída. Pero la mano de ella atraviesa la suya como a una nube. Rosendo salta hacia atrás espantado. Venancio se persigna y tira de su contrincante para alejarlo de la aparición.

—Ahí están, abu; igual que ayer: en el borde del claro.

—¿Es verdad que están ahí?

Mariela asiente.

—La anciana es ciega —afirma el gaucho joven.

—Sí —responde la niña.

Tantos idiomas distintos como personas.

Lo primero que la sociedad instintivamente hizo fue buscar un virus. Análisis tras análisis, las negativas se prolongaron. Científicos locales y muchos de todo el mundo se acercaron. Las cuarentenas crecieron, pero los contagiados seguían aumentando. La única razón que aplacó un poco la histeria general fue el descubrimiento de que por escrito las personas todavía se entendían; además, se supo que estos idiomas no eran una azarosa maraña de palabras, sino que respetaban ciertas reglas propias, difíciles de desentrañar.

Luego de varios meses la cantidad de afectados se estancó y, sin un virus localizado, la gente optó por soltarse e intentar una vida mientras los procedimientos continuaban. Mediante papeles, pizarras, señas básicas como números y las formas de las letras hechas con las manos, esta pequeña porción de Buenos Aires trató de seguir adelante con esperanza.

No pasó mucho tiempo hasta que la gente pudo sacar algunas palabras de lo que de sus parientes, amigos y colegas escuchaban. Con lo cual entendimos que el español podía ser reaprendido. Elenita y yo nos adherimos a la causa, enseñando español en los barrios, y así mucha gente se sumó para lograr con velocidad el retorno a la normalidad. Ger fue el primero en aprender de nosotros. Su tendencia a acentuar las últimas sílabas permaneció, pero se le entendía a la perfección. Por supuesto, también resultó haber tantos acentos como

personas, pues cada uno lo aprendía a su modo. La investigación prosiguió y así también siguieron el cero, la nada, el vacío y la vida.

Ya estábamos convencidos de que Dios no era argentino cuando la noticia llegó por los medios. En Hwanggang, Corea del Sur, el desentendimiento había comenzado con el mismo patrón. Pequeños dolores —a veces contracturas, a veces sin aviso previo—, y los idiomas se confundieron; la gramática de la lengua se disolvía como azúcar en agua de lluvia. Al poco tiempo, una tercera parte del país no podía comunicarse.

La realidad política, diferente en la zona, marcó un quiebre entre los dos eventos. Al poco tiempo, y aprovechando la confusión, el ejército norcoreano invadió el país. Sus soldados usaron un blindaje hermético para evitar un posible contagio. Los surcoreanos (coreanos, no *corenos*) contagiados fueron confinados en guetos improvisados y el gobierno fue ocupado de un solo golpe por sus vecinos del norte. Como aquí, el número se estancó; el país quedó unificado en poco tiempo bajo el nuevo mando. Y la vida siguió.

Luego de varios meses, los *marines* encallaron en el sudeste asiático con sus innumerables tropas para frenar la expansión norcoreana, que ganaba territorios limítrofes. La conquista de Taiwán fue la gota que rebalsó el vaso y una nueva guerra empezó.

Cuando las bombas revertían el panorama en pocos días, los *marines* herméticos abrieron los guetos surco-

Y sumergidos en carcajadas concluía: “Y, no sé... Será tu *coreno*”. Eso dijo: “coreno”. Ni coreano, ni corintio, ni corono; *coreno*.

Mientras recordaba, Ger había caído al piso y una fina garúa pinchaba la piel.

—¿Qué pasó, Ger? ¿Estás bien?

—*Lastafaltigar* el estómago —me dijo con los ojos cerrados.

—¿Qué? ¿Te duele? Aguantá que te llevo a la farmacia de acá a la vuelta.

Cinco minutos tardaron en fletarnos de la farmacia. Ger balbuceaba palabras delirantes y en un diagnóstico rápido nos dijeron que seguramente era una fiebre muy alta. Yo no vi que le tomaran la fiebre, pero —mientras cerraba las puertas del vidrio blindado antirrobo— la cara de la farmacéutica palideció. La siguiente opción obvia, antes que preocupar a su doña madre, fue la guardia del hospital. Allí, Ger trataba de explicarme quién sabe qué con su léxico ininteligible y yo asentía a todo, rogando por el llamado del médico.

El galeno, cuando lo atendió, se sostenía la barbilla con gesto cuasi risueño al ver el termómetro en treinta y seis ocho clavado, luego de haber escuchado el funcionamiento correcto de las vísceras de Ger. A todo esto Ger, compungido, desmenuzaba con sus labios:

—*Lastafaltigar beromé cladicá*.

—Cierto es —dijo el médico como reafirmando y me miraba de reojo con el mismo gestito—. Vamos a darle un calmante y... ¿vos sos pariente o amigo? —me preguntaba.

—Sí; amigo.

—Bueno, llevalo a la casa y que duerma un poco; si sigue así, traelo mañana. Y no hagan nada raro, por favor. Si no consumieron nada, como dicen, se debe haber golpeado fuerte cuando cayó al piso. Aunque no haya marca, un golpe en el lugar justo y listo, es más común de lo que parece. —Y nos tendió la mano para rajarnos.

—Chau —le dije de mala gana y le hice una seña a Ger para irnos.

—*Shink delshink clishink iv* —respondió el médico. Cuando me di vuelta, estaba terminando sus anotaciones.

—¿Cómo? —dije y levantó la mano como saludando.

—*Shink delshink clishink iv* —repite y bajó la vista retomando sus papeles.

“La puta madre”, pensé.

Cuando el número de contagios creció, las cosas se complicaron. Me acordé de aquella que decía “si cicatriza bien, me hago una F”, refiriéndose a un plástico caliente similar a un padastro quemando su piel; de aquel que proponía *kusi ñawis* (ojos alegres) como leyenda para buzos y del otro que decía “con mi computadora estoy bien”, haciendo referencia a la no necesidad de sexo, así como de unos cuantos más. Y me pregunté si eso me había de alguna manera inmunizado o si sólo era cuestión de tiempo. Rápidamente las personas evidenciaron que no se podían comunicar, aunque claramente ellos mismos se entendían. Es decir, cada “contagiado”, como los llamamos a priori, parecía tener su propio idioma.

—¿Cómo “igual que ayer”? —pregunta Venancio.

Los hombres se miran extrañados, como si ya hubiesen vivido la situación. La anciana tiene un aire tan familiar para ellos... No pueden dejar de mirarla, en especial esos ojos negros que los años y la ceguera no pudieron afean.

La mujer se sienta en un tocón, esforzándose por percibir las presencias.

—¿Ellos pueden escucharme? —pregunta la vieja.

—Por las caras, sí.

—Cada noche los recuerdo a los dos —dice la anciana—. Tu sonrisa socarrona, Rosendo, tus caricias. —Se enjuga las lágrimas—. No puedo olvidar esa horrible noche, cuando mis dos enamorados me disputaron a punta de facón. A partir de ese momento no he visto nunca nada más. ¡Ciega quedé!

—¡Julieta! —dice Venancio.

—Siempre te llevaste al mundo por delante, Venancio. Recibiste una puñalada en el pecho. Y vos, mi adorado y dulce Rosendo, te desangraste por ese horrible corte en el cuello. —Se cubre la cara—. Todo por mi culpa... Yo no quería jugar con ustedes. Estaba confundida. Y la sangre que no paraba. Llegué tarde y se me morían. ¡Cómo los maldije una y otra vez!

Venancio retrocede y queda atravesado por la etérea rama de un árbol. Los gauchos, aterrados, advierten que no es la rama la incorpórea: podía verse la sólida madera adentrándose en el transparente cuerpo de Venancio.

—¿Qué clase de bruja e'usté? —grita Venancio.

—Y si siguen enfrentándose como fantasmas —dice Julieta, ignorándolo— es porque yo te maldije... Yo los maldije a los dos sobre sus huesos, y ahora debo pagar... Sin duda que tengo que pagar con mi alma —dice, extrayendo de su chal un facón.

Rosendo soltó su arma: ¡era la misma que sostenía la mujer!

La niña ve a Venancio mirar con asco a la anciana. Tal vez piensa que ya no es aquella mujer hermosa con la que quería casarse. Envaina su puñal, pega media vuelta y se esfuma entre los árboles como deshilachándose.

Ña Julieta sigue murmurando, Rosendo se acerca a ella. Cuando le acaricia el cabello con su mano fantasmal, un escalofrío la sacude: la mujer levanta los ojos hacia la sombra, y él la puede ver tan bella como en su juventud. Rosendo trata de arrebatarle el facón, pero su mano atraviesa el cabo de asta y la mano rugosa que lo empuña. Las ráfagas sacuden la fronda; una hoja olvidada cae sobre Rosendo y lo atraviesa, directo a pudrirse en la tierra.

—¿Algún día podrás perdonarme? —dice Julieta, entre sollozos—. ¿Podrá mi maldición perder su efecto? —Lento levanta el facón, cierra con fuerza el puño—. ¿Podré liberar sus almas de las cadenas que yo misma les puse? —Aún siente la sangre caliente de su amado escurriéndosele entre los dedos. Escucha su propio grito pidiendo ayuda; la vida de su Rosendo se le va, y ella no puede evitarlo. Su ceguera vuelve más y más, todo el pasado se va diluyendo.

Una última sonrisa, y él articula con los labios un “Te amo” que sólo

## LA REESTRUCTURA

FEDERICO ALDUNATE

ella puede ver, ahora borroso... borroso casi... hasta que también se diluye la última imagen de su hombre, el hombre que no pudo ser.

—¡Malayyaaaaa! —aúlla de impotencia. Y un pensamiento termina por ganarla: quizá su propia muerte pueda deshacer el daño; sí, sí, es preciso que ella los siga.

Una vieja menos, piensa. Una vieja menos para estorbar en el mundo.

Con la otra mano guía esa hoja hacia su pecho y la clava entre sus costillas. En su agonía, la vista vuelve; puede ver al Rosendo sosteniéndola.

Y le escucha decir:

—Te perdono, amada mía.

El fantasma retrocede con un grito. Cuando mira la herida de su amada, no ve sangre. De pronto, recuerda las mil muertes que se infligieron Venancio y él. ¿Cuántas veces lo ha matado? ¿Cuántas ha muerto él mismo? Recuerda los terribles dolores de cada una de sus propias agonías. Recuerda cómo, salvo la vez original, nunca más sangraron ni él ni Venancio.

La piel de la anciana se endurece con rapidez y se deshace, convirtiéndose en una arena gris. El viento la

dispersa, dejando los huesos limpios sobre el tocón donde murió la mujer.

Aterrado, tratando de retener el polvo de su amada, Rosendo mira a la niña. Y siente cómo se le endurece la piel; puede verla descamarse, volar con el viento.

—¿Qué... qué le sucedió a mi Julieta? —apenas puede decir—. ¿Qué me está pasando, Jesús, María y José?

—Que tu alma ha sido liberada —dice la niña—. Hace tres años, Julieta, mi abuela, se suicidó en el mismo lugar en donde encontraron tu cuerpo. Justo sobre ese tocón.

Rosendo ya apenas la oye. Todo él se sigue haciendo polvo; el esqueleto empieza a despuntar.

—Cuando se mató, esperaba tu perdón. Y por eso, todas las noches, su espíritu volvía a este tocón y repetía su martirio. Ahora, ahora los tres son libres... Que en paz descansen.

La niña se alejó, bajo la noche. La luna ponía luz a sus lágrimas.

Detrás quedaban los huesos. Sobre el tocón de los amantes.

© DANIEL ANTOKOLETZ, 2014.

DANIEL ANTOKOLETZ HUERTA  
(Argentina —Buenos Aires, 1964—)

Escribe desde joven y obtuvo galardones a nivel local y nacional, como el primer premio del certamen "Cuentos para Niños", del Consejo Argentino de Mujeres Israelitas de la Argentina, en 1993, y —en ese mismo año— la primera mención del Premio "Más Allá", del Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía, por su cuento breve "La sentencia". Publicó narraciones fantásticas y de terror en diversos diarios, revistas y antologías, como *Cuentos de la Abadía de Carfax. Historias contemporáneas de horror y fantasía* (2005), que incluyó el cuento aquí reeditado, y *Grageas 2*. Ediciones Andrómeda anuncia su novela *Contrafuturo*. Trabaja en investigación tecnológica y desarrollo de robots y sistemas.

Aquel día comenzó. Ciertas cadenas de memoria se desataron cuando Ger, amigo de toda la vida, exageraba en la cortada "charlera" algún encuentro nocturno con una muchacha y se tomaba el estómago en gesto de dolor.

—¡Altas cabriolas tenía la piba! —dijo juntando los dedos en un solo punto y balanceando la mano.

—¿Altas cabriolas? ¿Qué? ¿Tenía puesto un tutú?

—¿Qué decís? Bueno, las gambas; vos me entendés.

—Mirá lo que me tiró Elenita el otro día. Dijo que sus abuelos, de la clase trabajadora, le inculcaron vestirse bien para, y te lo digo así como salió, el acto democrático, porque antes no podías. ¿Qué me contursi?

—¡Boludo! ¿Y qué se puso? —me preguntó e inclinó el cuerpo posándose en una mancha de humedad.

—¿Estás bien?

—Es el estómago; un retortijón —explicó. El sudor se le asomaba en la frente.

—Bueno, vamos que en cualquier momento se larga —dije mirando el panorama de nubes verdes que adornaban el cielo.

—Vamos, dale —dijo, incorporándose a duras penas.

"Tataratatarabuelo...", le decía a mi abuela en un día verde como aquél, pero a los ocho años, bromeando con la genealogía, como es habitual en algún momento de la infancia. Y le señalaba la sensación de estar en el planeta Urano, lo que, con casi setenta años de diferencia generacional, no parecía entender y resolvía con una amable sonrisa. Luego seguía la conversación y grababa algunas palabras en mi memoria: "Chozno; San Martín tiene choznos". "¿Pero qué sigue, abuela, después del *tataratata*...?".

## CINCO GUERREROS

GONZALO SALESKY

hallar la cura. Intenté, ¡carajo!, curarlos. Pensé que la clave del antídoto residía en un compuesto de hormonas... Los sujetos de prueba respondían: sus uñas crecían, mechones de pelo comenzaban a poblar la superficie cutánea, un destello de inteligencia asomaba a sus ojos... Pero no, claro, soy un estúpido, ¿de acuerdo? Fracase. Mis intentos fueron vanos, ilusorios. Ya no tiene sentido seguir, así que decidí salir a dar una vuelta, como el peatón de Bradbury. —El hombre retomó la tonada, silbándola—. Se me pegó esta musiquita, ¿vieron? Creo que...

Sintió los dientes. Sintió los dientes como una furia helada de piedra rota sobre su cráneo de humano no infectado. Sintió el corte, los cortes, el bruto desgarrar. Sintió la sangre caliente que le recorría la nuca, como un río de lava, y entonces no sintió más.

Los extraños quedaron con las barrigas llenas, y se relamieron y se

restregaron las bocas saciadas. En ese momento oyeron el llamado del líder; la manada debía moverse, debía irse. Se alejaban. Se iban... Sólo uno quedó rezagado: un solitario que miraba la mesa de concreto sobre la que se habían apoyado unas manos entrelazadas.

Frunció la nariz. Chasqueó la lengua. Ladeó la cabeza... La pantomima de un saltimbanqui demente y, sin embargo, había algo en sus ojos; un brillo, un destello, un algo.

Juntó los labios, los labios negros, tensando la epidermis delgada y diáfana. Silbó un intento de silbido: un do, la sombra de un re...

Pero el líder llamaba. Ya más lejos. Los extraños se alejaban, se iban.

El solitario se despabiló, como si volviera de un sueño, le dio la espalda a la mesa de concreto y se alejó él también, en la noche silenciosa, en la noche de músicas calladas.

© JUAN M. VALITUTTI, 2014.

JUAN MANUEL VALITUTTI  
(Argentina —Buenos Aires, 1971—)

Autor ampliamente publicado, administra la ciberbitácora "Crónicas del caminante" (<http://caminante-chronicascaminate.blogspot.com.ar>).

En **NM** colaboró con "Una flor" (# 11), "La última frontera" (# 13), "¡Oh, por todos los diablos, Doug!" (# 15), "ABC" (# 19), "El frío" (# 21), "Planeta apto" (# 24), "Lo otro" (# 26) y "Nadie en Tenhan" (# 30).

Llegaremos a Brasilia en dos horas. Nos aprestamos para la gran batalla. Hace décadas que la opresión viene forjando nuestro deseo de luchar y de ser libres.

Ajusto mi cinturón y me preparo para el lanzamiento. Mis cuatro compañeros de cápsula están listos. Alfa 9810 tiene los ojos cerrados; quizá por los nervios, quizá por la emoción. Es su primer vuelo fuera del continente. El resto de nosotros tiene algo de experiencia, pero no más valentía.

Mi nombre es Beta 4791. Nací el día doce del primer mes de 2083 en la base europea Esperança, cerca del país que antes llamaban España. No tuve la suerte de conocer a mis padres. Tal vez ellos también estén viajando en alguna de las miles de naves que nuestro Líder ha enviado hacia el Imperio.

Allí, no nos esperan. No conocen nuestras nuevas armas. Ni siquiera saben de nosotros, encerrados en sus

enormes burbujas, distraídos por sus pantallas, alienados por sus medios de comunicación... No imaginan que vamos a invadirlos.

En mi infancia escuché una hermosa leyenda. Relataba la cruzada de grandes hombres, que liberaron Eurasia de un oscuro tirano.

La comparto para animar a mis compañeros. Delta 0462 me asegura que la historia es cierta y que ocurrió hace unos doscientos años. ¡Doscientos años!

¿Será así? Ojalá recuerden esta gesta durante tanto tiempo.

Por ahora, no sé nada de Gama ni de Omega. Ni sus números de serie, ni su edad... Pero en sus rostros veo el mismo maltrato que hemos sufrido como pueblo.

Pese a todo, pudimos adaptarnos. Siempre lo hicimos. Estamos decididos

a ser libres. Acabo de cumplir dieciocho años y nunca pude decir lo que sentía. Me acostumbré a hablar en voz baja, a no mirar a los ojos, a callar, a no pensar distinto.

Con Alfa fuimos compañeros de escuela-cárcel. Doce años completos levantándonos de noche, picando roca limpiando el excremento de nuestros dictadores de América del Sur. Setecientos metros bajo la superficie, casi sin luz ni agua, con poco aire...

La esclavitud ha moldeado y templado nuestro espíritu. Así, aprendimos a compartirlo todo. No lo que sobra; lo que faltaba y apenas alcanzaba.

Día tras día, creció en nosotros el sueño de libertad.

Pasan los minutos y siento que mi traje me ajusta bastante. Acostumbrado a la escasez, llevo pocas provisiones. Sólo guardo dentro de mi ropa una foto-móvil de mi futura esposa, que una y otra vez me saluda y alienta. Eso me hace más fuerte y me asegura que esta guerra... esta guerra valdrá la pena.

Seguimos volando, cada vez más rápido, en una de las naves que la

Resistencia ha lanzado rumbo a la capital del Imperio Suramericano. Aquí, como en las otras, hay cinco guerreros dispuestos a todo, uno de cada raza europea. Kilómetros y kilómetros de orgullo y valor me rodean.

En este momento, en mi pantalla-facial aparece la imagen de nuestro Líder, que nos repite, con voz serena pero firme:

VAMOS POR TODO. QUEREMOS SER LIBRES...

VAMOS POR TODO. QUEREMOS SER LIBRES...

VAMOS POR TODO. QUEREMOS SER LIBRES...

Con la tranquilidad del que es capaz de dar la vida por lo que ama, me recuesto sobre la ventana que muestra las estrellas y trato de descansar un poco.

Sólo faltan cuarenta segundos para llegar. Me siento feliz. Veo a través de mi casco que la batalla final ha comenzado. Y estoy seguro... La victoria será nuestra.

¡Viva la Gran Eurasia! ¡Viva!

© GONZALO SALESKY, 2012.

GONZALO SALESKY  
(Argentina —Córdoba, 1978—)

Profesor de Matemática, publicó 2011 (poemas y cuentos, 2009), *Presagio de luz* (poemas, 2010) y *Ataraxia* (poemas y cuentos, 2011), que se pueden descargar de manera gratuita desde <http://gonzalosalesky.blogspot.com>. En **NM** colaboró con "Memoria" (# 26) y "Rosas rojas" (# 30).

Jurado en el III Concurso Internacional de Poesía y Cuento "El Pamaso del Nuevo Mundo" (Perú), de 2014, ganó el primer premio en un concurso de microrrelatos organizado por la Universidad Complutense de Madrid y el segundo premio en un concurso venezolano, que sumó a sus distinciones en certámenes literarios de la Argentina, España, México, Venezuela, Estados Unidos de América, Colombia y Australia.

## EXTRAÑOS EN LA NOCHE

JUAN M. VALITUTTI

Había una vez en una plaza...

Era de noche. El hombre sentado a la mesa de concreto mantenía los dedos entrelazados ante sí. Silbaba. Silbaba una tonada: *Strangers in the night*. Ellos lo oyeron. Oyeron la tonada, el silbido, el leve cordel desgranándose en lo oscuro. Se acercaron. Se aproximaron. El hombre los oyó, pero no abandonó la tonada; ahora tarareaba: *Du-bi-du-bi-duuuuuuu, la-ri-ra-raaaaa-ra, pa-pa-pa-pa-paaaaa, ta-ti-ta-taaaaa-ta...* Ellos surgieron a sus espaldas. Lo olfatearon. Lo señalaron. Como pudieron, se aproximaron: corriendo, saltando, arrastrándose. Pocos eran los que conservaban íntegras sus extremidades. Las devoraban. Entre sí se devoraban. A dentelladas. Tras agónicas peleas que remedaban los infiernos cinematográficos de Kurosawa. Carecían de pelo. Eran pálidos, níveos. Flácidos. No tenían mente. Sí tenían dientes.

Muchos dientes. Algunos sólo eran grandes bocas negras y babeantes orladas de furiosos y rotos dientes. Para machacar. Para abrirse paso por la carne. La carne que ocultaba el cráneo. La carne que ocultaba el cerebro. El rico, el delicioso cerebro. Aunque ellos no supieran —no recordaran— que se denominaba "cerebro" a aquel órgano que servía para decir *yo*. Así que se agolparon alrededor del hombre —¿el último, tal vez?—, un hombre no muy mayor, con gafas, con ristas de pelo entre las orejas de lóbulos grandes. Un hombre que silbaba o tarareaba o cantaba *Strangers in the night* en el filo de la noche del fin del mundo. El hombre dejó de silbar, de tararear, de cantar. No se volvió. Miró al frente, los dedos entrelazados sobre la superficie de concreto.

—Traté —dijo el hombre—, ¿saben? Soy científico y traté. Intenté

Hemos advertido el hecho inevitable de que el Estado Natural, poco a poco, vaya pareciéndose más a nosotros que a nuestros huéspedes. O a una mezcla de ambos. Papá supo definirlo en una palabra: *evolución*. Por supuesto que sí. Tarde o temprano, la humanidad hubiera llegado a esta *evolución*, por lo que no hay motivos para desconfiar de nuestro accionar. Es más, debemos alegrarnos porque por fin estamos aportando algo propio y genuino. Desde siempre nos esforzamos por la *naturalidad*, desde el día en que entramos a la casa y desvestimos las pieles de la Familia y adaptamos cuidadosamente nuestras cabezas (a algo parecido) a la pequeña calavera humana, y pegamos metódicamente las pieles a nuestras caras y los cabellos a nuestros cráneos. Prescindimos de los dientes, por minúsculos; al final, los juntamos todos en un puñado y se los dimos a Pip. Nos lo agradeció.

A veces pienso que quizá algún día vengan otros a tomar la Tierra... Solemos pensar en esas cosas. Claro que no hay de qué preocuparse, porque cederíamos de buena gana el lugar y buscaríamos otro, habiendo tantos. Pip dice que los humanos de la Otra Tierra ya están enterados de todo; él sabe de esas cosas. Probablemente estos hombres organicen una reconquista en algún momento.

Los recibiríamos con fiestas y consejos. Sería lo más justo.

Igual habría cosas que arreglar, hay que reconocerlo. Hace ya dos décadas que no hay luz en el planeta y Papá no puede ver sus películas. No la necesitamos, pero nos daba cierta tranquilidad por las noches. Ahora el lugar se asemeja un poco más al Pedregal; es como decía recién, poco a poco se va pareciendo más a nosotros. Al pensar en esto, recuerdo lo que Hermano Mayor decía sobre las orillas de los mundos. Realmente parecería existir una conexión cósmica, como un tejido... Es gracioso, ya empiezo a hablar como él. Pero, ahora que lo pienso, quizá sea por esa *conexión* que salimos casi todas las tardes a contemplar el horizonte marino (somos algo románticos) y a hacer nuestras huellas en la arena y a jugar con la marea que sube y, por ende, a continuar con el Estado Natural, que en definitiva no es más que un largo inventario de pequeños ritos. Al final, cuando muere el sol con el crepúsculo, nos abrazamos todos en la orilla, en Familia, y hacemos silencio; en su rol, Pip aprovecha esas horas para perseguir a las gaviotas por el aire, muy por encima de las olas. A veces, para cuidar las apariencias, les ladra.

© DANIEL FLORES, 2014.

DANIEL FLORES  
(Argentina —Buenos Aires, 1983—)

Músico y escritor, desde sus veinticinco años reside en Tucumán, donde cursa un profesorado de Lengua y Literatura.

Publicó el libro de cuentos *Bajo un cielo carmesí* (Reina Negra, 2011) y en **NM** colaboró con "El bosque de Sinergia" (# 29) y "El peregrino y el ánfora divina" (# 31).

H<sub>2</sub>O

JUAN ETCHEGOYEN

Daniel está pasando un fin de semana con sus amigos en una isla del Delta ubicada sobre el río Capitán. Es la despedida de soltero de Roberto; al fin se casa, después de tantos años de novio.

Es de noche; terminaron de comer asado y están algo pasados de alcohol.

Cerca de la madrugada, él y tres de sus amigos —Marcos, Aníbal y Roberto—, a pesar de las recriminaciones de los más sobrios, suben a un bote y se lanzan al río para pasar lo que queda de la noche a la deriva.

Marcos lleva los elementos para tomar mate. En el termo colocó ginebra, en vez de agua caliente.

No pasa mucho tiempo para que estén totalmente borrachos y durmiendo amontonados unos sobre otros. El bote se balancea despacio, llevado por la corriente.

Daniel se siente embotado; la boca pastosa. Mira ausente a Roberto, que rema con fuerza contra la corriente; sólo se oye el ruido del bote desplazándose por el agua y las palabras de Marcos. Éste tiene la voz y la cara de Roberto; habla sobre la pesca de río, mientras echa un barro espeso en el mate que está cebando. Aníbal se lo saca de la mano y se dispone a tomarlo. Marcos mira a Daniel con una sonrisa que lo asusta. "Ahora te toca a vos", dice y estira la mano con otro mate que saca del bolsillo del pijama que tiene puesto; va flotando hasta él y repite "ahora te toca a vos" y lo empuja con tanta fuerza que cae al río.

Con un sobresalto se sienta en la cama. Está todo mojado; se orinó mientras dormía.

—¡Ma! —llama Daniel.

—¡Ma!, tengo miedo de morirme.

—Llora hasta que ella viene, se sienta

en la cama junto a él, le pasa la mano por la cabeza y le da un beso en la frente.

—Te voy a cambiar la ropa de cama. —Lo aprieta fuerte entre los brazos.

Luego, con la cama seca y limpia, ella se recuesta a su lado y lo abraza. Con el olor de su madre y el frescor de las sábanas, se queda dormido.

Tiene ganas de orinar. En medio del sueño y la borrachera, cree que está en su cama. Se levanta para ir al baño, el bote se inclina hacia un costado y Daniel cae al río.

No sabe nadar; llama a sus amigos, pero éstos no se despiertan.

El agua fría y el miedo lo despejan totalmente.

Abre la boca para gritar y comienza a tragar agua; ve con terror cómo el bote se aleja, mientras se hunde.

Siente el sabor dulce y barroso del agua que comienza a tragar a borbotones; los pulmones le duelen.

Se despierta en medio de la noche.

Nunca se acuerda de lo que sueña, pero ahora todo le viene a la mente con claridad; la sensación de ahogo le aprieta el pecho.

Trata de recuperarse del susto. Lentamente empieza a sentir el alivio de volver a la realidad.

La ropa de cama empapada le recuerda cuando era chico y se despertaba todas las noches orinado y con miedo a morir.

Está enredado entre las sábanas; lo sofocan. Le duele la garganta;

el terror todavía lo atenaza. Necesita un vaso de agua.

Ensaya pasar la mano por el cuello, pero es imposible; no puede sacar los brazos de debajo de su cuerpo.

Se queda quieto unos instantes; por la posición en la que está, se le hace difícil respirar.

No hace calor, pero está todo mojado. Eso lo pone peor. Quiere levantarse, ir al baño, tomar una ducha; apartar las imágenes que tiene en la mente.

Se revuelve en la cama; la tela se la pega más al cuerpo, como si tuviera vida. Como si estuviera en otro sueño.

Con gran esfuerzo saca afuera una de las manos y prueba liberarse del resto de la ropa. No es fácil; por un momento lo consigue, pero vuelve a quedar enmarañado, con su cabeza bajo la almohada.

Trata de rodar, de caer al suelo y terminar de una vez con esta confusión. Se afirma con los pies y empuja para salir de la cama. Empieza a moverse; siente que se hunde. Es una sensación rara, terrible: ser devorado por el colchón.

Daniel se hunde en el lodo; la ropa le pesa una tonelada. Intenta cerrar la boca; los dientes rechinan por el barro.

Las fuerzas lo abandonan. Nota el sabor dulce y fangoso del líquido que comienza a tragar a borbotones; los pulmones y el estómago se le llenan de agua y van a reventar.

A Mamá, Papá, Hermana Menor y Hermano Mayor los conocí en el Cinturón de Asteroides, mientras orbitábamos esperando el momento de caer. Pip es el único a quien conocía porque, lógicamente, cada uno tiene su Pip en el Pedregal; vendrían a ser una suerte de combinación entre una mascota y una nodriza, sólo que un poco más grandes y mucho más inteligentes que nosotros, y su función más importante es la de guiarnos en el proceso de desarrollo. En cuanto al resto, Papá se me acercó en medio de la nube de rocas (él también con forma de roca, para no aparentar) y me sugirió que nos hiciéramos una vida con ayuda mutua de nuestros Pips. Me pareció una sugerencia extraña, pero mi Pip estuvo de acuerdo y aceptó por mí. Más tarde, Papá y yo fuimos en busca del resto.

Luego de la guerra, la Tierra era un campo de muertos. Sobrevino un largo período de orden y limpieza, y también de aprendizaje. Conocimos el significado de "Familia" y repartimos los roles entre el grupo. En la casa que tomamos para vivir, a pasos de la Costa, eran cinco humanos (Andrés, Rosalía, Tomás, Andrea y Lucas), por lo que tuvimos que echar a uno de nosotros, que sobraba. Tenían una sola mascota, también, un perro, así que hubo que elegir al Pip más inteligente y devorar al resto. Supieron entenderlo, naturalmente.

Hubo una tendencia general por aceptar la cercanía de la playa. Hermano Mayor, que de todos es el que más cerca está del lenguaje para la vida mental, expuso razones solemnes. Con su voz acuosa, nos dijo durante nuestra primera cena *formal*:

—No es agua ni arena la orilla del... mar. Las cosas discretas, amables... sencillas, las cosas se juntan como las... orillas.

Mamá, riendo, mientras se llevaba un trozo de Rosalía a la boca, preguntó de qué estaba hablando.

—Las orillas de los... mundos —balbuceó el otro.

Todos asentimos. Al día siguiente, la decisión fue unánime: nos quedaríamos a la vera de la Costa. Fue una de las pocas veces en que vi feliz a Hermano Mayor.

Con el paso de los años hemos notado que las calles fueron volviéndose más verdes; verdes como nosotros, aunque no tan brillantes. Se me ocurrió en una oportunidad decirle a la Familia que aquello era una señal de que la Tierra nos estaba dando la bienvenida, que por fin nos aceptaba. Era lo más lógico. Aunque es cierto que ignoramos perfectamente para qué sirven las plantas. Por ejemplo, en el fondo de casa tenemos un gran jardín con una multiplicidad de colores y de formas. Hemos visto fotos en las que El Del Medio y Hermana Menor jugaban en el jardín, por lo que eso hacemos nosotros a veces. Sin embargo, no sabemos bien a qué jugar; las plantas son frágiles como el agua y, apenas les respiramos cerca, caen al suelo, grises. Nos sentamos en alguna parte, sobre el césped y movemos las hojas, las hacemos crujir; luego imitamos el crujido con la boca y es divertido. Mamá, con la cabellera rubia de Rosalía, a veces nos mira jugar desde el vano de la puerta. Sonríe. Nos tiene prohibido comernos las mariposas.

tencia, pero la hubo. Cosa de cinco meses de lucha, nada grave. El gran problema con las armas de destrucción humanas es que están pensadas desde la humanidad y sólo son capaces de destruir formas de vida previsibles. Basta con decir que apenas hubo alguna que otra caída entre los de nuestra raza, y una de ellas fue accidental. Así es que, tras la conquista declarada, reunimos a todos los supervivientes de la Tierra en la isla de Cuba y aprendimos de ellos todo lo necesario para la adaptación. Hoy vivimos en una pacífica armonía.

Lo que llamamos “Estado Natural” es el respeto por la conservación de las formas preexistentes en la Tierra. No vinimos a imponer nada nuevo; aunque nos hubiera gustado, no teníamos nada que ofrecer. Los pormenores del idioma, según las regiones que cada grupo fue tomando como hogar, al comienzo representaron un obstáculo, pero nuestra composición pedregosa retiene las vibraciones de los sonidos con facilidad y, así como las recibe, es capaz de reproducirlas (como un eco, no tan fieles a la fonación humana, por supuesto), por lo que en un puñado de años ya éramos capaces de establecer una comunicación fluida con un terrestre. Hay cosas que aún se nos escapan y debemos limitarnos a la emulación. Con el aprendizaje de la lengua vino la lectura y ahí se nos complicó todo. Mamá sostiene que hay un lenguaje humano oral para la vida social y otro escrito para la vida mental; el segundo es francamente incomprensible por momentos: al parecer, existe una guerra entre uno y otro, pero sutil, casi

indirecta. Una complejidad inútil, pienso Yo. Y venía hablando del Estado Natural... Los pedregales, siempre establecidos en las grandes capitales, nos hemos ido repartiendo las organizaciones y las responsabilidades del terreno social. Todavía no gozamos de esa naturalidad con que se hacen las cosas en las películas, pero ponemos lo mejor de nosotros. A mí se me asignó el control de la economía local: organizo reuniones con otros de la misma área, hablamos de billetes, de la cuidadosa circunferencia de las monedas, analizamos el relieve de los próceres que hay en ellas y la cantidad de números que llevan inscriptos; también dibujamos estadísticas en una pizarra, aunque ignoramos para qué diablos sirven. Después de las reuniones importantes de fin de mes, optamos por un aperitivo de sabrosas monedas plateadas, trozos de acero y material, que acompañamos con cientos de litros de agua mineral; sólo para los festejos de año nuevo nos permitimos un lingote de oro y cobre. En cuanto a otros pedregales, algunos atienden los bancos, otros los cines; hay quienes cuidan las plazas o dirigen el tránsito... Nada parece tan complejo como advertían los humanos al principio. Recuerdo a un viejo de lentes grandes, uno de los tantos retenidos en Cuba, que del otro lado de las rejas me dijo una vez: “Imitar una raza es ridículo, antinatural, ¿sabe?... Nuestra complejidad es infinitamente superior a su capacidad de adaptación. No es tan simple como meterse en otra piel”. Me río. Lo estamos llevando mejor de lo que pensábamos.

La vista se le oscurece a pesar de tener los ojos desmesuradamente abiertos. Se da por vencido; un silencio profundo lo invade. En esa negra e

inexorable noche sólo escucha los últimos latidos de su corazón.

© JUAN ETCHEGOYEN, 2014.

JUAN ETCHEGOYEN

(Argentina —Avellaneda, Buenos Aires, 1947—)

Vive en Lanús Oeste, es coordinador del taller literario CandilArte y miembro activo de la SADE, zona Sur.

Publicó los poemarios *Sin penas ni gloria* y *100 kilogramos de barro* y poemas en el mensuario **Contraluz**, en la revista **Puertofolio** (con ALEJANDRO SETA y MARÍA NEGRONI), en las antologías *Canto 25. Selección poética*, editadas por Editorial Maitén, y en el mensuario de SADE, delegación Lanús.

Realizó una muestra artística de pinturas y esculturas en el salón municipal de la municipalidad de Lanús y administra las ciberbitácoras de poesías “La balada mecánica” (<http://baladamecanica.blogspot.com.ar>) y de fotografías y pinturas “Cuadros de exposición” (<http://cuadrosdeexposicion.blogspot.com.ar>).

Obtuvo el primer premio de poesía en el concurso “Julio Cortázar”, de FOETRA; un primer premio de cuento corto (“Los sueños de Margarita”) y un primer premio compartido de cuento breve (“La elección”) de los concursos “Más Allá”, del CACyF; mención en cuento en el Certamen Literario Municipal, de la Municipalidad de Lanús; el tercer premio en cuento breve y la primera mención en poesía del concurso del Círculo Médico de Quilmes, y mención en cuento de la SADE, delegación Escobar.

## EL ERRANTE

CARLOS PÁEZ S.

Él salió de entre las llamas incólume, impasible, con el mismo paso tranquilo de cada vez; indestructible, indetenible. Una ametralladora calibre 50 desde una camioneta ruinosa abrió fuego sobre él; las balas trazaron líneas incandescentes hasta detenerse, formando una masa que luego cayó a sus pies. Un simple gesto de sus manos y la camioneta voló contra un edificio cercano; otro gesto y una docena de milicianos se desintegró.

Él había llegado a Mogadiscio y, con él, la justicia.

Llevo varios años obsesionado, debo reconocerlo; desde que me dieron la asignación de corresponsal de guerra de Reuters, luego de la masacre de Makeni, en Sierra Leona. Fue en la tercera manifestación. Era él. Lo vi desde una oscura habitación de un hotel maloliente; una sombra que me heló la sangre.

Desde entonces lo he seguido. Aunque he documentado casi cada aparición, nunca he logrado estar de nuevo a tiempo para verlo; menos para hacerle la pregunta que le quita el sueño a tantos seres humanos.

Hasta hoy.

Mucho se ha escrito sobre uno de los fenómenos más increíbles de nuestro tiempo.

Para algunos es un ejemplo de la decadencia de nuestra civilización; para otros, un signo del fin de los tiempos o el comienzo de una nueva era, un fenómeno que tiene aristas y explicaciones que van desde la ciencia ficción a la iconografía religiosa más etérea.

Hablo, por supuesto, del Errante.

La primera vez que apareció, nadie lo notó; una oscura figura anónima atravesando las calles de Myanmar en medio de la peor represión a disidentes políticos que el sudeste

aquello” y señala con el tubito todo lo que menciona, cosa que a Mamá le encanta, aunque nada de lo que diga Papá tenga sentido. Nos hace reír, al menos. Pero sabemos que él eligió un rol fácil; no como Hermano Mayor, a quien le toca no hablar mucho y que, cuando lo hace, sólo dice groserías y por lo general se la pasa tecleando sobre la pantalla vacía de un teléfono de célula. A veces, de la nada, se pone a gritar fragmentos de poemas sencillos y luego queda exhausto, tendido sobre la arena. No puedo evitar sentir un poco de lástima por él, aunque no se puede hacer nada. En fin, por último estoy Yo, el que narra y escribe. Me tocó ser El Del Medio y, aunque me llevó algo de tiempo, después de mucho vacilar tomé un símbolo que me pareció pintoresco: una pelota de fútbol; es blanca y tiene el dibujo de un cometa o algo parecido. Pip dice que la pelota se parece un poco al mundo y que debería ser considerada un instrumento de ciencia; pero Pip no sabe mucho sobre la Familia, él es simplemente un guía. El resto, cada uno *es representamen*. Ahora que lo pienso, las zapatillas Converse también son una suerte de amuleto que tomé para ser conducente con el Estado Natural: nunca salgo de Casa sin unas Converse. Es curioso, pero aprendí a escribir “Converse” sólo setenta y dos días después de la conquista. Eso me enorgullece.

Llevamos apenas cuarenta y dos años en la Tierra. Creo que, de todos los aspectos humanos, uno de los más complejos es el calendario gregoriano; la idea de que el tiempo deba ser adaptado a un sistema, parcelado. Algunos de nosotros todavía no lo comprenden

del todo, y los más viejos directamente tienden al rechazo. Pero es igual; tenemos un compromiso y hacemos lo que podemos por llevarlo adelante. En el Pedregal... (en realidad, la conversión de los signos es difícil, pero el nombre de nuestra tierra podría traducirse como el Pedregal o algo por el estilo). Decía que en el Pedregal no existía esto que se conoce como *instituciones*, ¡y es fascinante! La idea de organizar la vida en función de estructuras escalonadas fue completamente nueva para nosotros. Nuestra existencia, para que se tenga una mera idea, sólo consiste en la adaptación. Cada tres o cuatro mil años terrestres, un grupo de nosotros se reúne por voluntad propia en el centro del Pedregal y sale expulsado en busca de un lugar en el que arraigarse y “hacerse una vida”. Si alguna vez hubiéramos tenido una religión, seguramente nuestro Dios habría sido alguna especie de científico curioso y de espíritu aventurero. Somos una raza de individuales (la idea de “raza” también fue novedosa); nos criamos entre las piedras, que son como capullos, digamos, y nos desarrollamos hasta que llega el momento en que nos nace atravesar el Universo. Nuestro viaje hasta que dimos con la Tierra duró aproximadamente unos once mil años; quizá un poco menos. Reconocimos los océanos desde la distancia de Alfa Centauri y, por precaución, orbitamos durante algún tiempo en el Cinturón de Asteroides, esperando el momento en que todos estuvieran de acuerdo para dar el siguiente paso. Luego caímos.

Al emerger de los mares (fue un enero, las costas plagadas de turistas), no esperábamos encontrar resis-

## LA PLAYA CÓSMICA

DANIEL FLORES

Solemos pasear por la Costa cuando el viento no es muy fuerte; nos gusta, especialmente, cuando hace frío y la humedad es baja y no hay mucho sol. A Hermana Menor y a Mí nos divierte dejar nuestras huellas en la arena y ver cómo hacia el atardecer la marea las va llenando lentamente; al otro día, la sorpresa de que la tierra nos olvida es siempre nueva y repetimos el proceso. A veces tiro la pelota al fondo de la huella para verla emerger. Hay que ver la diversidad de gamas que pueden invocar una pelota, un pozo de arena, el agua marina y el sol rojizo del horizonte; a Mamá, que es tan *sentimental*, esas cosas la hacen llorar porque son bonitas, dice (lo leyó en algún libro).

Siempre que salimos de Casa, vamos todos, incluyendo al pobre Pip, que nos guía, aunque ya no es imprescindible. Durante nuestras excursiones hacemos lo que podemos por mantener y respetar el Estado Natural. Mamá,

por ejemplo, tiene esa cosa de llevar el equipo de mate a cualquier lado, siempre abajo del brazo, como los chamúas, pero vuelca todo; es torpe, se quema. Hermana Menor es bastante compañera con Mamá, debo reconocerlo. La ayuda como puede; a veces se queman juntas, aunque ella también tiene su lugar establecido y lo respeta diligente: nunca sale sin su pulserita de los Rolling Stones y los auriculares enchufados a algún aparato que haga ruido. Quizá eso la vuelve un poco distraída, pero estamos todos de acuerdo en que ya se le va a pasar. "Son etapas", dice Pip. De los hombres del grupo, Papá es el menos original de todos: antes de salir a la calle nos dice "un momento, familia", da uno o dos largos pasos hasta el mueble apartado de la sala, toma un diario cualquiera de entre el montón y lo enrolla (todavía no reconoce todos los signos), y después se pasa el día entero con el diario como una batuta, dice "esto,

asiático conociera desde los tiempos de Pol Pot. Él llegó tranquilamente hasta la plaza de Rangún. Los guardias trataron de detenerlo y ninguno pudo moverse en días; congelados, contracturados. Lisiados, si se quiere.

El templo de Shwedagon había querido ser usado por los tiranos para un amenazante discurso. Él no los dejó terminar. Toda la junta militar inmovilizada fue cubierta por oro líquido incandescente de las paredes de la gran estupa, quemados vivos; muertos por la misma avaricia simbólica que había traído tanto dolor a su pueblo, ajusticiados a la sombra de la magnífica pagoda.

El rumor recorrió el mundo. Primero por las redes sociales; luego, por los medios de masas.

La leyenda de un justiciero imparabable había surgido.

El destino de Kim Jong-Un fue aun peor: desangrado, encajado en las propias paredes del sarcófago de su padre, en el palacio memorial de Kumsusan. Varios de sus parientes corrieron la misma suerte; los perdonados nunca volvieron a Corea del Norte. Por supuesto, el resto del mundo se enteró bastante después, aunque más de uno respiró más tranquilo.

Luego Sierra Leona, Afganistán, Yemen, Rodesia y demás sitios.

En cada lugar, la misma historia. Yo las recopilé con la desesperación de ser siempre un espectador tardío.

Una figura desconocida. Simplemente camina; atraviesa las ciudades llevando la justicia.

Su justicia. Para muchos, la justicia de todos. Imparable, indestructible.

Los chinos lo intentaron en el Tíbet. Tres divisiones del Ejército del Pueblo prácticamente masacradas en el valle de Dowo Lung; él simplemente caminó entre docenas de tanques en llamas, con los estallidos de la artillería resonando en las montañas. Fue una de las pocas apariciones que me fueron vedadas, aunque las imágenes de modernos soldados de terracota hablaban por sí solas.

En Irán bombardearon todo un pueblo para tratar de detenerlo. No lo lograron. Los Migs caían como moscas y las bombas de fósforo se apagaban a su paso como si fueran de agua. Hacía milenios que no nevaba en Persia; aún recuerdo la sensación de los copos evaporándose en el desierto, convertido en una llanura de vidrio.

Derecha o izquierda. Cristianos o musulmanes. Nada importa para él.

Simplemente aparece entre la niebla, caminando impasiblemente hacia su objetivo; inmune a las balas, intocable por las explosiones, deteniendo o destruyendo a cualquiera que intervenga en su misión.

Los judíos del siglo I renegaron de Cristo porque esperaban un Mesías guerrero.

Ahora lo tienen. Y ellos tampoco pudieron detenerlo en Tel Aviv.

Nadie recuerda nunca su rostro. Las cámaras no lo enfocan, los lentes se deforman, las cintas se arruinan.

En muchos aspectos, no existe. Imposible en sí mismo.

Y, sin embargo, simplemente es. La pesadilla de los déspotas. El castigo de los malvados.

O, simplemente, un poderoso lunático; un superhéroe desequilibrado.

El Superman de los cómics es como su propio mundo: colorido, lineal; intrínsecamente plano en su propio concepto. Un paladín de valores intranqueables; un *boy scout* de acero, inherente e insoportablemente correcto.

Nuestra propia versión es tal como nuestro mundo: oscuro, gris en sí mismo; amoral, quizá. Un héroe que no se ve influenciado por valores a la hora de establecer justicia.

El Errante no es un héroe; es un vengador.

La todopoderosa espada de Damocles que no tiene temor de romper la ley con tal de llevar justicia, porque ésta no se aplica a él.

Poseedor de poderes imposibles, impensables, incontrarrestables.

El azote de Dios; omnipresente, indetenible.

Él simplemente aparece.

Nunca se sabe dónde; nunca se sabe cuándo. Nadie puede predecirlo.

Hasta ahora.

Me ha tomado tiempo; tres años de investigación extenuante, de analizar cada aparición, cada testimonio agradecido o aterrorizado, cada evidencia salvada de los militares. Tres años para descubrir la verdad.

Él no es omnipresente.

Él es sólo parte del público.

Si la historia es impactante, si el dolor y humillación son lo suficientemente extremas para que aparezcan en los medios, sólo entonces es posible que él emerja de sus sombras.

Cada aparición está precedida por amplia cobertura de la prensa. Ahí

donde un tirano bombardea a su pueblo y una cámara lo capta para exhibirlo en todo el mundo, donde un cartel criminal masacra a campesinos y un periodista cuenta los cadáveres en vivo, sólo ahí tal vez él camine otra vez.

Pero si la historia no trasciende, si la verdad se mantiene oculta, la esperanza será nula; él no aparecerá.

Mi teoría —aunque resistida hasta ahora— es que el Errante es un hombre normal, nos guste o no. En alguna parte del mundo, él —sentado frente a un televisor— decide volver a intervenir.

Sé que es algo difícil de digerir. El imaginario público, alimentado por los mismos medios, nos habla de una figura mítica, de un Mesías vengativo surgiendo desde el mismo Olimpo; un arcángel guerrero dirigiendo las huestes del Cielo.

No parece ser así. De hecho, la única frase alguna vez grabada del Errante fue simplemente una respuesta obvia al paroxismo religioso de un devoto agradecido en Manila: “Dios no existe”.

No es el único patrón en su actuar. Hay un detalle que hasta ahora ha pasado inadvertido: el Errante a veces atraviesa una ciudad; otras, sólo algunas calles.

Pero siempre desde el sudeste.

Debe haber una calle con esa orientación, la más cercana a su objetivo, pero siempre desde la misma cardinalidad.

¿La razón de ello?

Francamente, aun no puedo siquiera imaginarlo. Simplemente es así. Cada aparición del Errante registra el mismo comienzo; en un porcentaje del 98,3% (*donde lo restante corresponde netamente a apariciones*

Tras un rápido análisis llegó a una conclusión obvia y lógica: el mero pensamiento “creaba” la prenda apropiada a la situación imaginada: gimnasio/sudadera, Caribe/camisa de playa. Eso se convertía en algo peligroso para su trabajo. Debía estar atento y no permitir que algo así sucediera. A la noche al regresar al departamento lo analizaría más tranquilo y lo resolvería. Se puso la casaca, cerró los ojos y se concentró en la reunión y sólo en la reunión y, tal como lo había supuesto, reapareció su camisa blanca. Urgido por los tiempos, devolvió la prenda que había pedido al vendedor y retornó a la oficina.

—No me quitaré el saco, no correré el riesgo —decidió.

La junta transcurrió conforme a lo planificado: expuso su propuesta y fue aceptada, harían las inversiones en el Caribe y lo acompañaría Marcela. Al finalizar la reunión, entusiasmado con los resultados, olvidó los eventos precedentes y se relajó; sentado en su cómodo sillón detrás del gran escritorio, reapareció el pensamiento del viaje, imaginó las playas blancas, las palmeras, el agua tibia... y a su colega en bikini.

Marcela pasó, vio la puerta abierta y entró a su despacho. Era una ejecutiva joven, talentosa y excelente

para trabajar en equipo, atractiva, portadora de esas bellezas extrañas de ojos rasgados, labios rojos y prominentes, tan generosos como sus pechos y sus nalgas.

—Así que nos vamos de viaje, nomás. Se nota que estás contento —afirmó ella, sonriendo con picardía ante la camisa estampada y colorida que asomaba debajo del traje de Luis, pero sin mencionarla.

—Por supuesto, este proyecto es muy importante para los dos —respondió él.

Suponiendo que el gesto travieso era un anuncio y un permiso de confianza, se puso de pie y la invitó a ir a tomar algo al bar de la planta baja. Ella aceptó.

Al bajar en el ascensor, Luis ya estaba seguro de que tendría oportunidad de tener sexo con su asociada. Encerrados los dos en el pequeño cubículo, con la presencia erotizante de Marcela a su lado y las perspectivas previsibles, empezó a sentirse acalorado. No pudo evitar imaginarla estremeciéndose en sus brazos. Se quitó la chaqueta.

Debajo del saco gris estaba desnudo por completo. Su imagen se multiplicó en los espejos.

Marcela gritó.

© NANIM REKACZ, 2013.

NANIM REKACZ

(Argentina —Carmen de Patagones, Buenos Aires, 1963—)

Escritora y fotógrafa, en **NM** publicó “Quien cree, crea” (# 17), “La sentencia” (# 21), “El renegado” (# 24) y “Matar formaba parte de la naturaleza de Laura” (# 31), donde su apellido padeció una errata en la reseña bio-bibliográfica.

## ROPAJES

NANIM REKACZ

Se admiró de sí mismo en la imagen reflejada en los espejos del ascensor: traje gris oscuro de corte inglés, camisa blanca lisa y planchada, corbata a rayas diagonales muy finas. Luis era un perfecto ejecutivo, formal y perfumado, de pie en lustrados zapatos oscuros, prolijo desde las uñas de manicura al cabello muy corto. Y exitoso.

Recién llegado a su oficina y antes de quitarse el saco, pensó que tendría que disponer de tiempo en su agenda para concurrir al gimnasio ya que algunos gramos de más empezaban a asomar en su vientre y eso resultaba inaceptable.

Dejó en el perchero la casaca y descubrió que debajo tenía una sudadera. Estaba seguro de haberse puesto una camisa blanca, recordaba haberla elegido y descolgado de la percha y haberse mirado en el espejo

al anudarse la corbata, ¡y recién se había visto en el ascensor! Inexplicable. Era inadecuado permanecer en esas condiciones en la oficina, así que volvió a colocarse la chaqueta y bajó a la calle con prisa. Iría a una tienda cercana, compraría otra camisa y regresaría pronto, a tiempo para la presentación del proyecto de inversiones. Si eso se aprobaba podría hacer el tan ansiado viaje al Caribe y alternar los negocios con la playa. Ojalá lo enviaran con Marcela.

Ya en la tienda pidió una camisa y cuando fue al probador con gran sorpresa se dio cuenta que no tenía puesta ya la sudadera debajo del saco, sino una tradicional camisa amplia con estampado de palmeras y flores coloridas.

—No estoy loco —se dijo— y esto es imposible. ¿Qué está pasando?

*donde no fue establecido el punto de entrada con claridad y, por lo tanto, me obliga a considerar cualquier punto como estadísticamente posible), cada vez el portal se abre en una vía de orientación sudeste.*

A veces puede seguir avanzando directamente de frente; a veces hacia otra dirección. Incluso de vuelta. Sean trescientos metros (*el ajustamiento de Van Drammel, en Brujas, hace ocho meses*) o veinticinco kilómetros (*la caída del régimen militar tandú, en Karachi, hace trece meses*), el Errante emerge del portal luminoso entre la bruma, se abre paso hasta sus objetivos, cumple su misión y desaparece de la misma manera en que llegó.

El “salto” de salida suele ser en dirección norte (79,7%), aunque ha habido algunas variaciones.

¿Qué implicancias tiene esto?

Que, eventualmente, he podido crear un modelo para predecir la próxima manifestación del Errante.

Una teoría que puse a prueba, sabiendo que se deben dar ciertas condiciones.

1º) Un suceso de injusticia flagrante, que este suceso quede fuera de las capacidades de la justicia normal o, en su defecto, que la resolución de la situación o el castigo de los culpables implique, posiblemente, un tiempo considerable.

2º) Que este suceso tenga una cobertura mediática que defina claramente culpables, situación espacial y temporal, y esta cobertura noticiosa debe ser de nivel internacional.

3º) Debe existir cerca de la supuesta locación de los culpables alguna vía (*llámese calle, camino, avenida, etc.*)

con una orientación sudeste, a un máximo de treinta kilómetros del blanco.

Cuando se empezó a gestar la crisis de las revueltas en Mogadiscio supe que debía ponerme en camino. Mi experiencia me decía que los caudillos —posiblemente señores de la guerra somalíes, ligados a los clanes en pugna contra la Unión Islámica— estaban nuevamente implicados en un conflicto tribal; no había que ser un experto para saber que las revueltas llevarían rápidamente a un baño de sangre, cuyo objetivo sería el control del Estado federado. Un par de fuentes confiables ligadas al clan Abgals me confirmaron que se estaba gestando algo grande.

Una tercera batalla de Mogadiscio era, obviamente, mi mejor carta para poner a prueba mi teoría sobre el Errante.

Llegue a “Mog” el 23 de mayo. La escalada de violencia ya había avanzado a varias docenas de bajas civiles y grandes extensiones de la capital eran campos de batalla improvisados; sin embargo, esto recién empezaba. Con tropas de la ONU en una esquina, el ejército etíope en otra y las milicias de la Unión de Cortes Islámicas *versus* los señores de la guerra de Galmudug y Puntland completando el círculo, rápidamente se pasaría a un franco enfrentamiento con trágicas consecuencias.

Lamentablemente tenía razón. La mañana del 25 de mayo la tercera batalla de Mogadiscio estalló con inusitada violencia. Las fuerzas etíopes, apoyando a Puntland, atacaron los reductos de la Unión de Cortes Islámicas con fuego de artillería y columnas

de vehículos armados improvisados; la UCI contraatacó con fuerzas milicianas y la ciudad se convirtió en un pandemio. Las fuerzas de la ONU simplemente tuvieron que replegarse y tratar de mantener el aeropuerto abierto.

Desde mi hotel pude ver cómo comenzaba también la otra invasión. Equipos de prensa de todo el mundo convergían en Mogadiscio una vez más para el festín de dolor del *prime time*.

El cóctel de eventos necesarios para la aparición del Errante estaba completo. Con una ciudad como ésta, con un cuadriculado de calles casi absoluto, las opciones al sudeste eran acotadas; sólo necesitaba un blanco claro y lo tuve bastante pronto. Lo que para miles de personas era una jornada de dolor, para sus líderes era simplemente un juego para obtener ventajas políticas. En la mañana del 27 de mayo, los líderes de la UCI y los señores de la guerra se reunirían para discutir una nueva repartición del país.

Todos los culpables juntos en un mismo lugar a un mismo tiempo; la oportunidad perfecta para el Errante de dar un ejemplar castigo.

Esa mañana me senté en el balcón de un ruinoso apartamento al sur de Mog, con la cámara en el regazo y la grabadora al cinto.

Esperando a que llegara.

Esperando la tormenta.

Y ésta llegó; puntual como siempre, imparable como cualquier fuerza de la naturaleza.

Ahí estaba yo, entre los restos de una ciudad castigada largamente por incontables penurias, por innumerables culpables, buscando fuerzas en mi mente para preguntar sobre el secreto, las razones de la figura más controvertida de la historia moderna.

La razón de todo, el conocimiento final de algo imposible, la verdad detrás de un poder inconmensurable, de una realidad que cambió el mundo; un hombre común con el poder de un dios.

Sólo pude articular una pregunta.

—¿Por qué?!

No recuerdo su rostro, pero sí la sensación que me dio su cara. Alguien normal; un hombre promedio. No un dios nórdico ni un titán griego; un simple cualquiera.

Se dio vuelta lentamente, con ojos de una profundidad infinita y, a la vez, de una simplicidad pasmosa.

Entonces me respondió con la única respuesta posible. Con la única verdad simple y honesta; con la única real esperanza para nuestro tiempo.

—Porque puedo... y ya es hora de que alguien empiece a hacerlo.

© CARLOS PÁEZ S., 2014.

CARLOS PÁEZ S.  
(Chile —Viña del Mar, 1978—)

Ecléctico administrador de ciberbitácoras, colaboró en medios de CF como **Axxón**, **Chile del Terror**, **Planetas Prohibidos** y **Tauzero.org**. En **NM** publicó "Dana" (# 26) e "Hijos sin nombre" (# 30).

nico esperaba a Darío para enrollarlo al ejército. De esa risueña mirada no quedaría nada.

—¿Tienes algún remordimiento?

—Claro que sí. —Andrés tragó saliva y prosiguió con voz firme—. Pero todos tenemos órdenes que seguir y jerarquías que respetar.

—¿Reparas el juego de luces por tu familia? —Las preguntas por parte de Leónidas no parecían tener fin.

—Por supuesto, para que tengan... —Andrés se quedó contemplando el atardecer y recordó que en un atardecer como ése conoció a Valeria, que en un atardecer como ése Miranda le regaló un dibujo suyo que llevaba siempre consigo en el bolsillo y que en un atardecer como ése Darío perdió su brazo izquierdo.

—¿Qué? —preguntó Leónidas, ansioso por saber la respuesta.

—Una luz de esperanza en medio de la oscura noche —dijo Andrés, asegurándose de que todo estuviera en su lugar.

Leónidas cayó en cuenta de que el hombre que tenía frente a él ya no era el mismo y que nunca volvería a ser como era antes.

—Ya está listo —dijo Andrés, mientras bajaba por las gradas.

—Configuraré la secuencia de encendido.

—¿Está hecho?

—Sí.

—Bueno, debo irme a casa. —Hizo una larga pausa—. Adiós.

—Adiós —dijo Leónidas, poco antes de que Andrés apagara el Limbovisor.

Era de noche y toda la gente de la ciudad se reunía en la azotea de sus casas para ver al Señor Cuello Largo y sus mil andanzas para llegar a tiempo a su trabajo.

Andrés, Valeria, Darío y Miranda estaban sentados sobre una enorme banca metálica; él vio lo feliz que estaba Miranda y con una sonrisa cómplice en los labios le dijo: —Cumplí mi promesa.

—¡Gracias, papi! —exclamó la niña.

Andrés dirigió la mirada hacia Valeria y con voz suave le susurró:

—Te amo.

—Yo también —profirieron los labios de Valeria y éstos le dieron un dulce beso.

Después, las miradas de Andrés y Darío se encontraron; ambos asintieron, como quienes no necesitan palabras para saber que se aman. Andrés bajó la vista, vio el muñón de Darío y soltó una lágrima.

© ANTHONY ZALDÍVAR ARCOS, 2014.

ANTHONY ZALDÍVAR ARCOS  
(Perú —Lima, 1990—)

Reside en Nazca y es un asiduo lector de ficción breve de ciencia ficción, fantasía y terror, tanto en español como en inglés. Estudia Derecho y en su tiempo libre se dedica a la escritura. En abril de 2014 su cuento "Un príncipe bohemio" ganó el Fantasista de Hierro XIV, del colectivo chileno Fantasía Austral, que en mayo publicó su relato "El rey de las arenas del tiempo".

## EN LA VIEJA MANSIÓN DE LOS TADIC

MARTÍN DURAND

—No lo sé —contestó Leónidas—; déjame conectarme al sistema. —Y se desvaneció y reapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Lo sabes ahora?

—Las luces no aguantaron más los cortes abruptos de corriente eléctrica y debido a eso hubo una desconfiguración en la secuencia de encendido.

Andrés tomó unos repuestos de un contenedor y herramientas de otro de los tantos que estaban con él. Salió del almacén y subió por el elevador hasta el último piso, para luego treparse por unas angostas y oxidadas escaleras, que —tras pasar una puerta metálica— daban a la azotea. Un enorme panel se encontraba en medio de ésta, acompañado de unas gradas que llevaban hacia una tarima colindante. Todo el trayecto Leónidas lo había observado y parecía extrañarle la presencia de Andrés, hasta que no se pudo contener más y dijo: —Pensé que no regresarías, después de lo que sucedió.

El semblante de Andrés cambió y por poco soltó uno de los repuestos que llevaba en su mano.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, fingiendo no entender.

—Lo de tu hijo —insistió Leónidas.

—Darío está bien —dijo Andrés, mientras subía por las gradas—, gracias por preocuparte.

—Tener un solo brazo no debe ser fácil.

Cada palabra que decía Leónidas irritaba aún más a Andrés. Terminó de subir las gradas y halló el lugar exacto de la falla.

—¿Adónde quieres llegar con todo esto? —lo increpó, intentando reemplazar las piezas obsoletas.

—No recuerdas que fuiste el culpable —dijo Leónidas, con voz calma.

Andrés intentó desviar la mirada, pero era inútil, pues hacia donde viese estaba su mentor. Pensó en quitarse el Limbovisor, mas no lo hizo; sabía que necesitaba de él para culminar su trabajo y retornar a casa.

—Sigo sin entender —dijo Andrés, dando los últimos ajustes.

—El “supuesto” dron que se infiltró en la ciudad y atacó a tu hijo —especificó Leónidas de modo áspero.

Una lágrima se deslizó por la mejilla izquierda de Andrés, para dar paso al rostro compungido y al llanto desbordado.

—¿Por qué lo hiciste? —Leónidas quería entender a su pupilo.

—¡Lo hice por la guerra! —vociferó Andrés, con el dolor brotando de sus poros; ese dolor que sólo lo conoce aquel que ha vivido lo mismo y que, aun habiéndolo vivido, jamás es igual, pues incluso los pesares son únicos en su lastimero devenir—. Sabes que afuera de esta ciudad la gente se mata por los últimos recursos que quedan.

—Es cierto; sin embargo, ¿cómo pudiste confiar en el Consejo?

—No debí creer en sus palabras. Ellos me prometieron que, si aceptaba su oferta, Darío no iría a la guerra. —En el rostro de Andrés era patente la tristeza de su alma; los ojos rojos y el rastro dejado por sus lágrimas secadas por la tibia brisa eran la señal más clara.

—Y mira lo que pasó —le reprochó Leónidas.

—Ahora lo sé; sólo fui parte de una mentira para seguir manteniendo la guerra. —Andrés sabía que, al cumplir la mayoría de edad, un brazo bió-

—Anoche *ellas* otra vez no me dejaron dormir —dijo Juan Augusto.

Su jefe levantó la vista de la computadora —seguro que estaba chequeando el *stock* de mercadería— y lo miró fijo.

—¿Ellas? ¿A qué se refiere con “ellas”?

Y Juan se dijo que, si le contaba de las ratas, a su jefe le agarraría un ataque de sólo pensar en que él podía traer alguna en la mochila a la librería.

—Nada, jefe. No me haga caso.

Y se fue a acomodar en los anaqueles los libros recién llegados.

No hacía falta contarle a todo el mundo que él mencionaba a las ratas como *ellas*. Algunas noches, encontraba el alargadito y amarronado excremento en la cocina, en el amplio comedor y en la biblioteca. No eran ratas comunes: al salir de la ducha, una mañana, un par de esas alimañas

le había hecho frente. Horripilantes roedores de pelo negro, hocico rosado y una cola larga y peluda. Esa misma mañana había decidido cazarlas. Compró trampas y las distribuyó por la casa.

Juan Augusto Tadic vivía solo ahí, desde la muerte de sus padres. Ellos habían llegado de Croacia medio siglo atrás. Su padre, médico y militar asimilado, de orientación germanófila, había pertenecido al Ejército a principios del siglo xx. Fue muy estricto con él; incluso al límite de encerrarlo durante días en una habitación de esa mansión de la calle Humberto Primo. Su madre, Anita, era una mujer servicial que se entregaba a su marido y a su hijo. Lo llamaba Juan Agustito.

Volviendo a su casa, no podía dejar de pensar en *ellas*: cada vez había más de *ellas* que invadían las habitaciones, la cocina, el baño, el pasillo.

Ni bien abrió, tropezó con una. Muerta. La envolvió en el pañuelo, la llevó a la cocina y la depositó en la mesada. El espantoso animal media casi veinticinco centímetros de largo; tenía ojos saltones, amarillo brillante.

Decidió que debía estudiar a aquellos roedores.

Colocó el cadáver sobre una tabla de madera, decidido a diseccionarlo.

Y corrió a la sala de lectura de su padre. Entre tantos volúmenes, seguro que hallaría algún ejemplar de zoología.

¡Encontró uno! No sólo de zoología, sino de anatomía animal.

Ratas, buscaba. Roedores... ratas.

¡Acá está!

Libro en mano, volvió a la cocina.

Armó una especie de atril en un extremo de la mesada y apoyó ahí el libro abierto.

Recordó que hacía un tiempo había comprado un juego de cirugía en una casa de antigüedades. Buscó el bisturí. Abrió al animal con tal precisión, que él mismo se asombró. Vio los órganos y, tras aguantar las náuseas, los comparó con los de la foto: nada coincidía.

¡Nada coincidía!

Esa rata no era normal. Los órganos estaban particularmente hipertrofiados y del interior del animal emanaba un olor denso, putrefacto. Días antes, él había leído un voluminoso libro acerca de roedores, cuya autoría era de un naturalista inglés del siglo XIX, de apellido Lippmann. En ese estudio se hacían clasificaciones de ratas. Incluso se relataba una invasión de ratas similares a la que él había

cazado. Eso había sido en Irán, en 1857. Aquéllas devoraban seres humanos en un pueblo muy pequeño.

Juan Augusto volvió la vista a la mesa, al animal despanzurrado. Y lo arrojó a la basura.

Retornó a la biblioteca.

Caminó hacia la pared del fondo y la observó detenidamente. Halló pequeños agujeros —justo abajo del viejo Máuser, heredado de su padre—, como si los rincones hubiesen sido comidos; había restos de revoque en el piso.

“Tengo que reforzar la pared de algún modo”, pensó, “para que no me invadan”.

Terminó la noche tomando la pastilla que le había recetado el médico para conciliar el sueño. Unos comprimidos enormes que venían en un frasco naranja. Muchas veces se abstuvo de consumirlas porque entraba en un sueño profundo, cuyo efecto secundario de somnolencia le duraba todo el otro día. Sin embargo, no había chance para no tomarlas. Se acostó e ingirió el medicamento, decidido a no pensar más en las ratas.

Al otro día, en su trabajo, volvió a recordar aquel roedor inmundo y sus órganos sangrantes. Debía encontrar el modo de reforzar la pared. Sospechaba que esa invasión podía venir de la casa lindante. Había oído hablar a los vecinos en un idioma extraño, que no podía descifrar. Parecía una lengua oriental o algo así. Además, el hombre usaba turbante.

Miró a su alrededor, y se le ocurrió una idea. Compraría libros, muchos libros —libros que no le impor-

Cuando dio la vuelta, la risueña mirada de Darío estaba fija en él.

—Hijo, una vez que salga por esa puerta te conviertes en el hombre de esta casa. Lo sabes, ¿cierto?

—Sí —respondió Darío, conociendo los riesgos a los que se exponía su padre, aunque las esperanzas de verlo regresar no lo abandonaban.

Darío tenía ocho años, pero era maduro para su edad. Definitivamente, la pérdida de su brazo izquierdo había forjado su carácter, además de obligarlo a aprender cómo utilizar la extremidad derecha, puesto que había nacido zurdo.

—Muy bien, cuida de tu madre y de tu hermana —dijo Andrés.

El niño asintió con la cabeza y le dijo: —Te quiero, papá.

—Yo también.

Andrés le dio un fuerte abrazo a Darío; llamó a Miranda, que estaba en una esquina, observando y escuchando todo con atención, y le dio un beso en la frente. Andrés alzó la mirada y su amada Valeria estaba llorando. Se apartó de los niños y la apretó contra su pecho, sabiendo que las razones de su llanto eran justificadas; secó las lágrimas de la mujer y la besó como sólo un hombre realmente enamorado puede hacerlo. Luego la miró y le dijo: —Mi amor, hago esto por ustedes.

Sin embargo, a Valeria, esas palabras no le bastaban. Andrés caminó rumbo a la puerta, atravesó el umbral y dejó tras de sí a su tan querida familia.

Andrés pasó su brazo por debajo del lector de código subcutáneo e ingresó al edificio. El edificio estaba vacío desde el vestíbulo hasta los almace-

nes. No era día de trabajo y, por ende, sin un permiso no se podía salir del domicilio. Las leyes se cumplían; de no ser así, el castigo era ir a parar a la Demoledora. Ahí minúsculas bacterias inteligentes te descompondrían vivo, convirtiéndote en abono para las plantas, que tanta falta hacían.

Se dirigió al almacén de herramientas y repuestos y repitió el mismo proceso; el código que tenía en el brazo lo identificaba como miembro de Entrenimiento Popular Nocturno y como Soporte Técnico. Una vez dentro se acercó al contenedor de su Potenciador Somático; lo abrió, se puso encima la colosal herramienta de trabajo y con un comando de voz lo encendió. Cogió un contenedor más pequeño que se encontraba en una repisa metálica en la pared, sacó el Limbovisor, se lo colocó y lo encendió de igual manera. Frente a él estaba Leónidas, su tutor. Andrés sabía que algún día terminaría así, como una copia informática de sí mismo, que serviría de mentor a algún empleado que ocupara su puesto de trabajo en el futuro.

—Leónidas, nos vemos luego de un año —dijo Andrés en tono parco.

—¡Tanto tiempo! Parece que fue ayer —expresó asombrado Leónidas.

Aquellos que estaban en el Limbo no sentían el transcurrir del tiempo, pues éste era una realidad atemporal e infinita, donde podías tener todo lo que no habías poseído en esta vida con tan sólo desearlo; una gama interminable de posibilidades a tu disposición. Andrés se preguntaba a veces si sería mejor estar en el Limbo que estar vivo.

—¿Cuál es el problema con el juego de luces? —preguntó Andrés.

## UNA LUZ DE ESPERANZA EN MEDIO DE LA OSCURA NOCHE

ANTHONY ZALDÍVAR ARCOS

Andrés volvió la mirada y ahí estaba la pequeña Miranda, su hija, con los ojos llenos de lágrimas. Entonces supo que ella había escuchado su conversación con el supervisor del área de Entretenimiento Popular Nocturno, lugar en el cual trabajaba desde hacía ya cuatro años. Apagó la holopantalla del inforreceptor y para calmarla le dijo:

—No llores, cariño; papá solucionará todo.

—Papi, prométeme que hoy “El Señor Cuello Largo” irá a su trabajo —balbuceó Miranda.

“El Señor Cuello Largo” era la representación de la historia de una llama antropomorfa, que proyectaba diariamente el juego de luces de Entretenimiento Popular Nocturno.

—Lo prometo; ahora sonrío, por favor.

La niña se secó los ojos y esbozó una pequeña sonrisa.

—Dame la mano y vamos a avisarle a tu mamá y hermano —dijo Andrés con ternura, queriendo transmitirle sosiego a la pequeñuela.

Miranda entrelazó sus diminutos y regordetes dedos, propios de una criatura de apenas cinco años, con los de su padre. Juntos se dirigieron a la sala.

Andrés intentó convencer a Valeria, su esposa, de que la falla en el juego de luces era seria y de que esta vez no podía recurrir a su suplente, como habitualmente lo hacía desde aquel funesto día, por el enorme consumo de energía que representaba. Valeria, histérica, refutaba cada uno de los alegatos de su marido. Luego de unos minutos de griteríos y súplicas, comprendió que Andrés debía cumplir con su trabajo; sólo le dio un beso y le deseó suerte.

—Tengo que irme —dijo impaciente Andrés.

tasen en absoluto—, y fabricaría una segunda pared pegada a la otra. Con los libros unidos con cola plástica lo haría. “Sí”, se dijo; “al rato esa masa quedará firme, imposible de traspasar”.

Como era día de cobro, agarró una caja grande de la librería y comenzó a cargar libros de ofertas: biografías no autorizadas, autoayuda, libros de historia escritos por periodistas y novelas rosas y de romance. “Basura” como él decía. Los pagó como corresponde y el cajero se sorprendió. Hasta le hizo un chiste:

—Qué, ¿te vas a intoxicar un rato, Juan? —se rió el compañero.

Él no contestó. Tomó la caja repleta de libros y se marchó del local. Ya había terminado su horario.

En la puerta misma subió a un taxi. Se encaminó a otra librería, una de viejo. Compró otro montón de libros, con los que llenó dos cajas más.

Una vez en su casa, sin pausa, buscó el frasco de cola plástica que guardaba en la alacena de la cocina y fue a la biblioteca. Se quitó el saco y lo dejó encima del escritorio. Descargó las cajas con libros frente a la pared agujereada, destapó el frasco de cola plástica y, con una brocha de pintor, batió la mezcla. Después ordenó los libros por pilas, apoyándolos en la pared de tal forma que quedaran fijos y no pudieran caerse. Muy prolijamente expandió la cola plástica, pincelada tras pincelada, como si fuera una obra de arte.

Una vez terminada la tarea, la vio sólida y resistente. Revisó cada palmo de la pared y quedó satisfecho.

Sabía que esa noche le iba a costar dormirse; presentía que ven-

drían cientos de *ellas* y que tomarían la casa.

Acomodó su sillón frente a la pared y descolgó el Máuser. “No se debe de haber usado desde los años veinte”, se dijo.

—Con esto puedo darles algo de resistencia —pensó en voz alta.

Se sirvió un vaso de *whisky*.

A las dos de la mañana sintió frío y prendió el hogar.

Volvió al sillón y apoyó el Máuser en su regazo. Se estaba adormeciendo cuando comenzaron los ruidos. *Cric... cric... crac*. Cada vez más fuerte, cada vez más fuerte. Pero no podía despertarse.

*Crac... crac... crac*.

Despertó de golpe. La cola plástica brotaba de la pared, como si se derritiera. Se formó un gran globo en el medio. Juan Augusto cargó el Máuser.

La pared seguía cediendo como si algo —*ellas*, acaso— estuviese haciendo fuerza desde el otro lado. Los sonidos y chillidos se volvían escalofriantes.

—Deben ser miles... ¡HIJAS DE PUTA! —gritó exasperado—. ¡Ahora van a ver quién es Juan Augusto Tadic!

La pared explotó.

Juan vio lo que nunca hubiese osado imaginar que existiera en la faz de la Tierra: una rata de por lo menos dos metros. Los colmillos plateados sobresalían de su boca; su pelaje cobrizo terminaba en una enorme cola rosa pálido. Los ojos amarillo brillante parecían fuera de sus órbitas. Aquel monstruo caminaba pesado y sin detenerse; avanzaba hacia él.

Juan Augusto saltó del sillón y disparó el rifle. El tiro falló. Él se desesperó tratando de cargar y repetir el tiro. Pero el monstruo ya estaba a escasos pasos. Ya no tenía la opción de disparar. ¿Qué hacía? Sin pensarlo tomó el saco de arriba del escritorio e improvisó una antorcha. La encendió y la arrojó contra el animal. Éste retrocedió y entonces Juan sacó varios libros de su biblioteca y prendió más fuego. Cada uno de ellos cayó sobre la rata como una lluvia de papel en llamas. El incendio fue tomando la habitación; las cortinas, la biblioteca. Juan se aferró al frasco de pastillas y se precipitó a su pieza, la única salida. En una escena dantesca, el fuego se lo comió todo, incluso la casa.

Al día siguiente la policía cercó el caserón con fajas, en procura de hallar pruebas de lo acontecido y de alejar a los curiosos. La vieja mansión de los Tadic era sólo ruinas. Desde la calle se podía aspirar un fuerte olor de carne quemada.

—Encontramos a una persona en el segundo piso, comisario —dijo un policía de Investigaciones al comisario Enríquez.

Los policías subieron las escaleras con sumo cuidado, por el peligro

de derrumbe. Entraron a la habitación de Juan. Un cadáver calcinado sujetaba un frasco naranja.

—Debe ser el dueño de casa. Se nota que necesitaba de este medicamento... —bromeó el policía—. Hasta murió con él.

Uno de Criminalística giró con cuidado el cadáver y llamó al comisario.

—No se vaya, espere. Mire, comisario. Acérquese, por favor.

El comisario sacó su pañuelo, se tapó la boca y la nariz y se acercó a la cama para ver lo que le indicaba el otro policía. Juan tenía un enorme rasguño que le había atravesado la piel, destrozándole los músculos de la espalda. Se veía hasta la columna vertebral.

—Parece que lo atacó un animal muy grande... —arriesgó el policía de Criminalística—. Un oso, quizá. Ridículo, ¿no?

El comisario Enríquez sonrió y encendió un cigarrillo.

—Quédese tranquilo, amigo. No hay ninguna fuga de oso ni león ni siquiera un tigre del zoológico.

Dio una pitada profunda y se retiró.

© MARTÍN DURAND, 2014.

MARTÍN DURAND  
(Argentina —Buenos Aires, 1963—)

Estudió periodismo en el Círculo de la Prensa, realizó distintos cursos de Filosofía y estudios autodidácticos en mitología clásica y filosofía de la religión. Alumno de ÁNGEL FARETTA en sus cursos de Estética del Cine y sus seminarios de literatura fantástica, cursó guión cinematográfico y realización con RODOLFO HERMIDA y FERNANDO REGUEIRA y participa en el taller literario de CLAUDIA CORTALEZZI. Está trabajando un libro de cuentos fantásticos y en la novela corta *Bajo la máscara*.

pero ahora se le antojaba pavorosa. Cerró los ojos y sintió que le estallaban en lágrimas. Había sufrido la espera demasiado tiempo, demasiado.

Cuando al fin los abrió, entre las brumas creadas por las lágrimas, creyó volverse loco: ¡estaba en el túnel, con sus paredes giratorias, riendo entre relámpagos! Pero... no había una luz al final, sino una enor-

me, opaca, calamitosa, terrorífica ne-grura mate. Y entonces supo que estaba despierto, que no deliraba. El ojo de Dios no estaba allí, porque no había Dios alguno.

Gritó. Gritó.

Y cayó, girando descontroladamente, en la gran tormenta.

© CARLOS MORALES, 2008.

CARLOS MORALES  
(Argentina —Merlo, Buenos Aires, 1961—)

Apasionado por la CF "dura", escritor y traductor en sus tiempos libres, en **NM** publicó "El huésped" (# 5), "Contacto material" (# 13), "El honor que se merece" (# 18), "Buenas noches, amor" (# 22), "Nunca es el final" (# 24), "Herida" (# 26), "Rastros" (# 28) y "Círculo" (# 31).

medio de comprar un billete en una nave turística. Y la tendría gratis. No estaba mal para terminar la función. En gran estilo; sí, señor.

Supuso que se quedaría sin aire antes de llegar a la atmósfera. Eso le preocupó. Si acaso lo detectaba un *ramjet*, sería bueno ser rescatado vivo, ¿no? Sería un tanto descorazonador que lo salvaran muerto, por así decirlo.

Además, había escuchado cosas feas de lo que les sucede a quienes se ahogan en el espacio. No era una sensación cómoda, a todas vistas. Pero confió de pronto en su suerte. Sí, así, de pronto. Lo rescatarían. Lo rescataría un *ramjet* antes de quedarse sin aire, tal vez en el último segundo. Se imaginó la cara que pondrían los rescatistas, cuando miraran el contador: ¡cero! Sonrió dentro del casco y sorbió otro poco de agua.

Es más, lo compensarían de alguna forma. Algún subsidio, tal vez. Y quién dice que una medalla de algún tipo, o algún período extra de vacaciones. No se quedaría en Alcyon si le daban vacaciones, eso sí que no. No le gustaba el planeta. Sería intransigente sobre el particular.

Tal vez incluso escribiera un libro. ¿Se haría un filme con su historia? No creía, pero... si lograba dotar a su viaje de algunas alternativas interesantes, tal vez... Por ejemplo, el choque con un satélite artificial... No, eso sería comprobable. Y no había habido restos de una explosión; eso era una pena. Hubiera dado mucho paño para cortar.

Tal vez relatar unas visiones que tuviera... Sí, podría ser. Podría hacer

creer que, en lugar de mantenerse calmo todo el tiempo, tuvo períodos de agonía, visiones; cualquier cosa. Al fin y al cabo, ¿quién podría saberlo si no él mismo?

Perfecto, eso sería perfecto. Visiones de Dios, por ejemplo. ¿Quién sabe? Tal vez volviera a prender alguna religión debido a ello. Creyó recordar que ya había pasado algo así antes, con personas que habían sido salvadas de la muerte a último momento. ¿Cómo decían esos libros? Recordaba haber leído del asunto. Un gran tubo, o algo así, una luz al extremo... Casi le parecía verlo, le parecía flotar en él. Veía las paredes curvas a su alrededor, que parecían girar. ¡Qué gran visión podría contar en su libro...! Y al final la luz, como el ojo de Dios. ¡Ah, qué excelente imagen! Sería un éxito de ventas. El ojo de Dios...

Algo estalló en su cerebro, y descubrió que el cristal estaba de nuevo empañado. Y acabó por entender que había estado delirando, o algo parecido. ¿Delirios? ¡El oxígeno!

Cerró la espita de un manotazo; luego la abrió muy lentamente. El oxígeno en exceso generaba euforia, claro. Qué estúpido había sido. Abrumado por sus preocupaciones, había abierto la espita más de lo conveniente. ¿Cuánto quedaría en el sistema de recirculación?

No podía quitarse de la cabeza la última visión que tuvo, la del enorme túnel giratorio. Luchó por conservar la calma y respirar de a poco, para que el cristal se desempañara. La soberbia imagen que había tenido, esa visión del fin, le había parecido abrumadoramente bella en su delirio,

## MIENTRAS EL CUERPO AGUANTE

SAURIO

Cuando estaba viva yo decía que no me importaba lo que pasara con mi cuerpo cuando muriera. Era mentira, por supuesto. La verdad es que me importaba; si no, no hubiera sido donante de órganos. Es más, no sólo doné mis órganos para trasplantes, sino todo mi cuerpo para la investigación científica. Sí, cualquiera puede hacer esto de donar el cuerpo para la investigación científica; no es algo para nada extraño ni esnob. Simplemente dejás constancia de que querés que lo que no se use para trasplante vaya a algún laboratorio para hacer pruebas en tejidos o, lo más probable, que te manden a la facultad de Medicina para que un estudiante tenga un pedazo de fiambre para diseccionar. Nada glamoroso. Es que, justamente, eso era lo que en realidad quería decir cuando decía que no me importaba lo que pasara con mi cuerpo cuando yo muriera: que yo no tenía

ningún apego a ese montón de carne, huesos y nervios que quedaba; que por mí podían usarlo para lo que se les antojara (incluso para alimento de algún bicho, si eso fuera posible), que yo ya no lo necesitaba (principalmente porque ya no iba a haber un "yo" que necesitara algo; cuando uno se muere, se muere y sanseacabó), que si mi cuerpo podía ser de alguna utilidad para alguien, pues adelante, se los regalo.

Lo que yo quería expresar cuando decía que no me importaba lo que pasara con mi cuerpo cuando yo muriera, básicamente, es que no quería resultar una carga para la gente que-rida que quedara viva luego de que yo dejara de existir. No veía razón para condenarlos a que todos los meses los vampiros del cementerio los desangraran ni someterlos a la disyuntiva de qué carajo hacer con mis cenizas. Nada de eso. Carolina

se murió, ya no está más acá; que la basura que dejó sirva para algo y a otra cosa mariposa.

Como sea, me morí antes de tener suficiente gente querida que tuviera que hacerse cargo de mi cadáver. Mis viejos pensaban lo mismo que yo, no tenía pareja ni mucho menos hijos (y de haberlos tenido me hubiera esforzado para que pensarán lo mismo que yo), los amigos y los primos no suelen ocuparse del asunto... Eso, nada, que me morí y mi cadáver entró al circuito de reciclado—digo, al de trasplantes—tal como estaba planeado.

Bueno, no “tal como estaba planeado”, porque si no no habría historia, la que estoy por contar acá. Que no sé si es una gran historia, pero es mía y tengo ganas de contarla.

Y para contarla tengo que presentarles a Aurora Figueroa Vázquez. Bah, como si necesitara presentación. Bueno, sí, sí, tal vez la necesite. Quizá casi todo el mundo habrá visto alguna vez una foto de su cuerpo deforme y paralítico repatingado en una silla de ruedas de alta tecnología y, mal que mal, sabe que se trata de la persona considerada la mente más brillante de la actualidad, porque las redes sociales y la pedorra tendencia humana a interesarnos por esas “historias de vida” edificantes, sensibleras y melosas se han encargado de que Aurora Figueroa Vázquez sea un ícono, un símbolo de algo que vaya uno a saber qué es. Pero, obviamente, pocos saben el nombre de la enfermedad que la llevó a ese estado (esclerosis lateral amiotrófica; pueden googlearla si quieren); muchos menos conocen los libros que Aurora escribió

(*El Universo, la vida y todo lo demás, El sinsentido del Sery No, no fue Dios*, por mencionar sólo los más famosos) y apenas una pequeña fracción de esos muchos menos podría decir cuáles fueron los aportes de Aurora Figueroa Vázquez a la ciencia (la Teoría Unificada de la Gran Escala Macro-cósmica, así como muchas colaboraciones en diversas áreas de inteligencia artificial, biología, química y física, gracias).

Como sea, el paulatino e inexorable deterioro del cuerpo de Aurora hacía cada día más inminente la llegada de la muerte, cosa que mucha gracia no le hacía, ya que su cerebro estaba funcionando a la perfección y con muchísimo aún para darle a un mundo que jamás había reconocido del todo los invaluable aportes que había hecho al bienestar de toda esa caterva de ignorantes que puebla este plane...

Perdón, a veces me dejo llevar. Todavía no controlo esta situación del todo bien. Pero no nos adelantemos en la historia.

Como dije, Aurora era un cerebro con un cuerpo que no funcionaba y yo un cuerpo con un cerebro que no funcionaba. Aparte, yo había donado mi cuerpo a la ciencia y la Ciencia era, por decirlo de algún modo, Aurora Figueroa Vázquez.

Es decir, éramos una para la otra.

Si ésta fuera una historia de ciencia ficción barata, lo que hubiera pasado es que alguien habría abierto ambos cráneos, intercambiado los cerebros y listo el pollo. Lamentablemente, en la realidad las cosas no funcionan así. Reconectar todas las conexiones entre un cerebro y un cuerpo es una tarea

Qué curioso, se dijo: acercarme a la tierra firme después de volar por días me inquieta más. Cualquiera diría, si me leyera el pensamiento, que han de ser las cavilaciones de un ser aéreo. De un pájaro, por ejemplo. Ridículo, concluyó.

Sorbió un poco de agua y se obligó a masticar un tramo de la cinta alimenticia que el dispensador del traje le procuraba. Sentía crecer en él un incómodo desasosiego. Sabía que estaba haciendo esfuerzos para no recordar, para no pensar en aquello que perdería en breve: su estudio, su trabajo, su gente, su familia, su vida. Sospeché que había estado cayendo por demasiado tiempo; sus fuerzas morales debían estar acabándose al mismo ritmo del aire de la mochila.

Si fuera un hombre de otra época, estaría rezándole a Dios. Pero es claro, ya no había dioses. Quizá nunca los hubo. Sin embargo, de pronto comprendía la necesidad de creer en que debía haber al menos uno. Y la obligación natural, por tanto de crearlos. En los albores de la humanidad, cuando todo lo que rodeaba al humano primitivo era riesgoso, quizá esto que iba creciendo en él, esta desazón ante la amenaza, fuera cosa de todos los días. Incluso, y más plausible, de todas las noches. Al menos, hasta que el hombre descubrió el fuego... y se hizo dueño del día. Y llevó la luz a las tinieblas, la claridad de la razón al misterio de la existencia. Y con la razón, el conocimiento y la ciencia, los terrores quedaron muy atrás.

Excepto cuando suena la alarma de desaceleración, se oyen crujidos, titila el indicador de la esclusa de

emergencia... y uno se mete en el tubo como si le fuera la vida, se enhebra en el traje colapsable y tras un fuerte silbido y un sacudón se encuentra de pronto en el cosmos, frente a Dios. ¿Dios?

Sentía algo acelerada su respiración. Las veces que le sucedió eso, durante la larga caída, se le empañaba la zona inferior del visor del traje; cuando se daba cuenta del detalle regulaba sus expiraciones, pero ahora descubrió que el cristal estaba casi totalmente empañado. Se obligó a retener el aire en sus pulmones por varios segundos, para permitirle al climatizador del traje retirar el exceso de humedad. Debió de haber estado ensimismado por largo rato para que tal cosa sucediera. Y respirando en forma acelerada. ¿Habría perdido la conciencia, quizá, por algunos minutos?

Preocupante. ¿Estaría quedándose ya sin oxígeno? Tal vez por eso se desmayara. ¿Por el estrés, quizá? Miró por el cristal hacia fuera, apenas la línea de condensación se lo permitió. El panorama no parecía haber cambiado gran cosa. Tocó levemente el regulador de oxígeno, abriéndolo un poco. Sólo por si acaso.

Una mancha rojiza a la derecha llamó su atención. Debía ser la gran tormenta. Eso y las capas de nubes barradas eran lo que hacía recordar a Júpiter en el aspecto de Alcyon. La tormenta no era constante, empero; sólo brotaba para la época de los fuertes vientos. Sí, para esta época. Era divertido, se dijo. Tendría una vista de la gran tormenta que costaría una fortuna conseguir, por el único

el espacio; se había llenado por tercera vez desde que estaba cayendo. Una miríada de cristales de hielo, casi fosforescentes, empañaron por unos minutos la postal del planeta, hinchado, enorme de abajo. OK, en realidad arriba; había girado otra vez.

Se sintió, a pesar de todo, bastante conforme consigo mismo. Sabía que estaba perdido; lo había sabido por horas, pero conservó la calma a pesar de ello. Nunca sabe uno cómo se comportará ante el final, es lógico; si bien tuvo casi tres días para acostumbrarse a la idea, sólo el conteo de tiempo que le indicó que las baterías ya estarían muertas depositó su alma en la región de la irreversibilidad. Y aun así se mantenía firme. Buena cosa.

En realidad, se forzó a recordar, aún le quedaba una posibilidad, aunque muy remota. Tan remota era, que hasta entonces se había negado a considerarla, aplicando toda su esperanza a recibir una respuesta radial del planeta o de una virtual nave de rescate al llamado de su baliza automática. La posibilidad final era ser detectado por un avión *ramjet* al ingresar su cuerpo en la atmósfera. Esos aparatos poseían un radar muy preciso y de gran alcance, pues su alta velocidad los hacía pasibles de ser destruidos por cualquier cosa que se cruzara en su camino. No había aves en Alcyon, y por eso los *ramjets* eran muy usados; pero en cierta época del año —no más de unos días, creyó recordar— ciertas nubes de micrometeoritos bañaban el planeta desde el cuadrante de Casiopea, por lo que los *ramjets* se quedaban en tierra.

Le hubiera gustado tener a mano una efeméride cósmica de Alcyon, sólo para saber si era posible estar cayendo justo para esa época. Lo dudaba; las probabilidades resultaban a su favor. No obstante, ¿lo detectaría algún *ramjet*? Ahí se le dificultaba el cálculo. Tal vez los enviaran en mayor cantidad a la zona en que se esperara el impacto de los posibles supervivientes del desastre. Siendo que la nave no estalló, no habría que preocuparse por restos volantes. Eso ayudaría. Pero en el sur del planeta era la época de los vientos fuertes; lo recordaba bien, pues su destino era en ese hemisferio y fue avisado de ello al abordar. Eso complicaría las cosas.

Determinó que la probabilidad era baja, pero no inexistente. Eso lo ayudó a superar esa sequedad de garganta que le había acosado en los últimos minutos. Se obligó, algo repuesto ya, a pensar introspectivamente. ¿Acaso tendría miedo ahora?

Bueno, y si tenía miedo, ¿qué? Al fin y al cabo, moriría en un par de horas, como mucho. ¿Acaso era divertido eso? Demonios si era divertido. Un carajo era divertido. Una mierda lo era.

El horizonte del planeta se había aplanado; Alcyon era un monstruo enorme debajo de él. ¿Moriría por el golpe, o se quedaría antes sin aire? Interesante desafío a su capacidad de cálculo.

Pero descubrió que ya no podía concentrarse. El ominoso panorama pesaba sobre él más de lo que había supuesto sólo un par de horas antes.

cercana a lo imposible y existe, por supuesto, el problema de que el cuerpo rechace al cerebro (o, más correctamente, que el cerebro rechace al cuerpo).

No es que la solución de Aurora Figueroa Vázquez fuese menos “de científico loco”, pero al menos era viable. Es viable, porque funcionó con mi cuerpo.

Me ahorro los detalles técnicos porque, de cualquier modo, la mayoría de los lectores son lo suficientemente ignorantes como para no entender las sutilezas científicas del hecho. Digamos que se inyectaron en mi cuerpo muerto millones de nanos que se hicieron cargo de cada músculo, cada nervio de mi cuerpo. Incluso de mi cerebro irreversiblemente muerto se hicieron cargo. Por otra parte, otro set de nanos había hecho lo propio con Aurora Figueroa Vázquez, pero estaban concentrados sólo en su cerebro. Los nanos de Figueroa Vázquez capturaban los impulsos eléctricos de su cerebro, se comunicaban, vía Bluetooth y gracias a un aparato amplificador externo adosado a la silla de ruedas, con los de mi cuerpo y así Aurora podía moverme, como si fuera una marioneta. Los nanos de mi cuerpo, además, se ocupaban de mantener funcionando a todos mis órganos, como si estuvieran vivos de nuevo. Éste era un proyecto en el que Figueroa Vázquez venía trabajando en secreto desde hace años y ella ya se había entrenado con algunos monos y un par de humanos. Conmigo se instalaba la versión definitiva de la tecnología, la que no tenía errores. La que, eventualmente, iría reciclando mis neuronas muertas, reconvirtiéndolas en réplicas exactas de las de

Aurora, excepto por los defectos genéticos que la dejaron en su patética condición.

Con mi cuerpo Aurora no sólo se movía sino que veía, sentía, hablaba, comía, controlaba mis esfínteres, todo. Mi cuerpo ahora era el cuerpo de Aurora. Y el viejo cuerpo de Aurora seguía siendo de ella, por supuesto. Todo el proyecto se basaba en que ella fuera una mujer de dos cuerpos, hasta que la replicación de su cerebro en el mío estuviera completa.

Todo esto lo sé por Aurora, no porque me lo haya dicho (¡Yo estaba muerta! ¡Ningún científico que se respete hablaría con los muertos!), sino por esta especie de cibertelepatía implícita en la tecnología que le permitía a ella controlar a mi cuerpo.

Como se trataba de un experimento que iba en contra de casi todos los protocolos de ética científica, todo se hizo en secreto y en una zona muy gris entre lo legal y lo ilegal. Digamos, en los papeles mi cuerpo había sido desguazado en sus órganos funcionales, que fueron a parar a personas que los estaban esperando y el resto, tal como había sido mi deseo, estaba a merced de los estudiantes de anatomía y sus torpes bisturíes.

La idea de Aurora Figueroa Vázquez era dominar el manejo de mi cuerpo y probarlo hasta que estuviera listo y no hubiese el mínimo atisbo de dudas de que el experimento había sido un éxito, y entonces hacerlo público, para asombro y envidia de toda la comunidad científica y el mundo lego.

Al principio el uso de mi cuerpo se limitó al laboratorio y sus inmediaciones; después, el radio de acción

se fue ampliando más y más, hasta que un día —aproximadamente un año después— empezamos... disculpen que use la primera persona del plural, es por una cuestión de comodidad nada más; técnicamente, la que “empezó” era Aurora, con sus dos cuerpos, porque yo —repito por enésima vez— estaba muerta y no existía más. Pero, por comodidad, ocasionalmente voy a referirme al cuerpo que era mío como “yo”, para no hacer más densa la historia.

¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, decía que más o menos un año después del “trasplante” empezamos a salir a la calle y a hacer una vida “normal”. Ella en su silla de ruedas, deforme, inmóvil y desparramada, y yo detrás, empujando y llevándola de aquí para allá. “Mi enfermera zombi” me llamaba Aurora.

En una de estas salidas fuimos a una fiesta de una universidad y, mientras el cuerpo original de Figueroa Vázquez se quedaba en un apartado VIP, recibiendo halagos y chupadas de medias de académicos de prestigio, el cuerpo que había sido mío se movía entre la multitud sudorosa que bailaba y festejaba, para distraer a Aurora de la caterva de zalameros que la rodeaban. Lo que pasó la sorprendió, y mucho. Lo sé porque ella “me lo dijo”.

Aurora Figueroa Vázquez era una mujer mayor; yo era una mujer joven. Su cuerpo original era horrible y desagradable, aun cuando la enfermedad no había hecho estragos. El cuerpo que era mío no estaba nada mal, si me perdonan la falta de modestia. Y lo que pasó fue algo muy

normal, pero que a Figueroa Vázquez la agarró de sorpresa: un tipo quiso levantarme. O levantarla, porque yo, insisto, ya no existía más. Estaba muerta desde hacía demasiado tiempo; *no more* Carolina, ¿entendido?

Y Figueroa Vázquez, como siempre había sido fea y una *nerd* con cero habilidades sociales, no supo qué hacer. Excepto salir corriendo y esconderse en un baño. Luego se calmó, reunió sus dos cuerpos y se fue de la fiesta.

Pero se quedó pensando. El tener ahora mi cuerpo le abría una posibilidad que hasta ahora jamás había tenido: ser una mujer normal, con una vida sexual normal.

Claro, como suele suceder en estos casos, de un extremo se pasó al otro. Al demonio fueron a parar los sueños de revelar la revolucionaria intervención que le había dado un nuevo cuerpo y, quizá, la vida eterna; de humillar a sus rivales científicos y ganar un nuevo Nobel. Figueroa Vázquez se obsesionó con todo lo que tuviera que ver con la seducción, al principio, y con el sexo desenfrenado, al final.

No es que me importara lo que hiciera con mi cuerpo (como dije, yo estaba muerta y me daba exactamente lo mismo), pero ¡las cosas que hizo! ¡Qué no hizo! El *Kama sutra* y todas las novelas del Marqués de Sade son breves folletos que dan algunas ideas superficiales, comparado con las cosas que hizo Aurora Figueroa Vázquez.

Y es en uno de esos desenfrenados encuentros sexuales en el que yo, la cosa que siempre llamé “yo”, entra nuevamente en la historia. No

Cayendo desde días atrás, con el contador de aire casi en cero, Romber Haggernet se dijo que ya no cabía más ayuda. Las baterías del radiomensaje habrían muerto hace rato, por lo que ni se enteraría de una posible respuesta del planeta a su llamada de auxilio. Tal vez estuvieran a los gritos desde Alcyon pidiendo que les cantara su posición aproximada, pero sin potencia no podría responderles.

Una vez más se preguntó qué habría sido lo que anduvo mal en la nave. Muy raro todo. La alarma de desaceleración, los crujidos, el cambio de luces, el indicador de la esclusa de emergencia en su camarote, debajo de la ventanilla al espacio, titilando de pronto... Se metió en el tubo como si le fuera la vida, se enhebró en el traje colapsable, sintió las correas automáticas comprimiendo contra su cuerpo la mochila de supervivencia, y tras un fuerte silbido y un sacudón

se encontró en el cosmos, frente a Dios.

Bueno, no había un dios. No lo había habido por siglos, y tampoco ahora; ya estaba en caída directa hacia Alcyon, que se mostraba ante él con sus nubes barradas en ocre y amarillo, como un remedo de Júpiter en pequeña escala. Ése de ahí enfrente, hacia su... ¿derecha? Difícil asegurarlo cuando das vueltas lentamente alrededor de un eje que pasa por algún lugar cercano a tu ombligo. Bueno, ese nudo de nubes al frente debía ser el polo sur del planeta, sospechó; recordaba que allí las bandas nubosas eran más delgadas y numerosas que al norte. Vientos más potentes, claro.

Restaba un 3% de oxígeno libre en el contador de aire. Probablemente cuatro, cinco horas a lo sumo. Liberó la vejiga y vio cómo el receptáculo de la orina vaciaba su contenido en

abiertos, reventados y chorreando pus; los dientes separados, cónicos, torcidos y manchados. Las pupilas se le dilataron y pude ver a través de las cuencas vacías la oscuridad interior de la cabeza, mientras de su boca despedía un olor putrefacto que me llegó a pesar de la distancia.

Me senté en la arena, aturdido, queriendo entender.

Al regresar, una extraña figura parada en un montículo de la esquina me alteró. El sol, poniéndose atrás del médano, dificultaba mi visión. Seguí caminando y, al doblar la esquina, las vi frente a frente, como si cada una se estuviera mirando en el espejo. Las gemelas se agarraban con ambas manos la garganta.

Y mis pulmones se vaciaban. Lentamente se vaciaban.

Después corrieron y desaparecieron, tragadas por la penumbra de la tarde.

Sólo cuando cerré las puertas del departamento me sentí más seguro. Ni el ruido de *rock* pesado que

llegaba desde alguna cafetería de la peatonal me ayudaba a olvidar lo que había vivido. Deseaba que llegara Julia, que llegara rápido, para verla y contarle.

Presentí que, en ese departamento, alguien me vigilaba.

Un ahogo y un nudo en la garganta me dificultaron la respiración, y el aire exhalado quemaba mis fosas nasales.

Una fuerza incontenible me llevó hasta el baño. Me soltó frente al espejo que se movía en un mar de ondulaciones y vi mi reflejo girando en un remolino. Un remolino que convertía a ese reflejo en la imagen de la gemela. Un remolino que giraba y giraba. Un remolino que terminó absorbiéndola.

Después vi llegar a Julia. Caminó hasta donde la esperaba y me dio un beso profundo, húmedo y salado.

Pero yo no pude decirle que no era yo. No pude decirle que yo la miraba desde el otro lado del espejo.

© EDUARDO POGGI, 2014.

EDUARDO POGGI  
(Argentina —Buenos Aires, 1945—)

Integrante del círculo de escritores de horror y fantasía “La abadía de Carfax”, escribe horror y fantasía porque le provoca un goce creativo superior al de la literatura realista. Así volvió a la pasión de su adolescencia, producto de los libros de SALGARI, VERNE, DEFOE y LONDON; más tarde, de POE, CLARKE y ASIMOV; de revistas y colecciones como Sexton Blake y Robin Hood, y de programas de TV como *Obras maestras del terror*, *Rumbo a lo desconocido*, *Dimensión desconocida* y *Los vengadores*. Publicó en los cibernets *Axxón*, *elaleph* y *revistaaxolotl* —que premiaron algunos de sus cuentos y varias de sus pinturas— y en el periódico cultural *Fin*, sobre plástica y literatura.

En *NM* publicó “Hugy” (# 16) y esta colaboración también apareció en italiano (<http://nuovanarrativa13.blogspot.it/2014/04/le-gemelle-di-eduardo-poggi.html>).

sé por qué. No se trataba de uno de los encuentros más espectaculares, salvajes u osados; no había nada que uno pudiera decir “¡Ah!, claro, ése fue el disparador”. Pero lo concreto es que de repente “aparecí” otra vez en este mundo. Y me encontré con que tenía una enorme tararira en la boca y que otra, aún más enorme, entraba y salía por la “puerta trasera”.

Lo de “aparecí” es una forma de decir. En realidad, todo fue un continuo. En un instante yo estaba muriéndome, dando mi última e inútil bocanada de aire, y al instante siguiente estaba pe-teando a un patovica lustroso mientras alguien me fileteaba el siete. En el medio, nada, porque, bueno, ¡porque en el medio no estuve! ¡Estaba muerta!

Y ni siquiera puede decirse que yo *estaba* nuevamente. No controlaba el cuerpo, para empezar. Y sentía que había otra consciencia (u otra alma, si una creyese en la existencia de las almas, lo que no era mi caso, ni el de Aurora Figueroa Vázquez) ocupando casi todo el “espacio” que las conciencias o las “almas” ocupan en un cuerpo. Por poner una analogía pedorrísima, yo era una manchita verde en una superficie totalmente roja.

Y esta manchita verde en un mar rojo decidió no llamar la atención hasta no saber bien qué pasaba. Porque lo único que yo sabía en ese momento era la obviedad de que estaba muriéndome en un instante y siendo embrochetada por dos chon-gos en el siguiente.

Muy pronto, un poco después de que los tipos ya no tenían más semen para eyacular en mí (al menos, por el momento y por el dinero que

habían recibido como pago), me di cuenta de que podía saber lo que Aurora pensaba. O, al menos, parte de lo que Aurora pensaba. Al parecer, la conexión necesaria para mover mi cuerpo tenía como ruido de fondo otros procesos mentales que sucedían en su cerebro. Y este ruido de fondo se incrementaba más cuando Aurora dormía. Así fui aprendiendo, lentamente, todo sobre Aurora Figueroa Vázquez, la esclerosis lateral amiotrófica, los nanos, lo que había pasado con mi cuerpo después de muerta, la fiesta en la universidad, los cada vez más desenfundados polvos, todo.

Por un tiempo contemplé la posibilidad de que yo no fuera estrictamente yo, Carolina Espinoza, sino de que Aurora Figueroa Vázquez hubiera desarrollado un Trastorno de Identidad Disociativo... personalidad múltiple, ¡bah!... y que yo fuera una personalidad que su mente enferma había creado, inspirada en lo que Figueroa Vázquez se imaginaba que había sido la original poseedora de este cuerpo. O que yo era una consciencia sintética, creada por los nanos del cerebro. De hecho, aún no he descartado del todo estas posibilidades, sólo que ahora me parece irrelevante determinar si yo soy la Carolina Espinoza original o si soy otra personalidad que cree ser la Carolina Espinoza original. Yo soy yo, y punto.

Una noche logré mover una mano. Aurora dormía y la intensidad de su presencia en el cuerpo era mínima; sólo el omnipresente ruido de fondo con el que aprendía todo lo que ella sabía. Podría haber sido un movimiento involuntario de ella y no

mío, pero no lo fue; sé que fui yo, porque yo tuve la intención de mover la mano y la mano se movió tal como yo había pensado. Evidentemente, mi conciencia había logrado controlar los nanos de la misma manera en que la de Aurora lo hacía, sólo que sin necesidad del amplificador de señal. Intenté nuevamente con el pie izquierdo y de nuevo funcionó.

Esa noche no quise intentar ningún movimiento más. Si había algo que yo no quería era que Aurora tomase conciencia de que había un polizón en su segundo cuerpo e hiciese algo para eliminarlo.

Las siguientes semanas sutilmente seguí aprendiendo a dominar los movimientos mientras Aurora dormía o en breves instantes durante la vigilia, en los que mis experimentos podían disimularse como afortunados reflejos que la salvaban de que su segundo cuerpo (mi único cuerpo) pisara accidentalmente una baldosa floja o un sorete de perro.

Estos ejercicios eran sólo eso. Ejercicios para comprobar que yo no era únicamente una pasajera pasiva de la marioneta de carne que manejaba Figueroa Vázquez; que podía hacerme cargo, si la ocasión lo ameritaba. Una pretensión demasiado ambiciosa en ese momento, ya que yo sabía que estaba muerta y que, si no fuese por el control de Figueroa Vázquez y sus nanos, yo no era otra cosa que un cadáver ambulante que ya no iba a ambular más, una zombi sin combustible, un cacho de carne con patas.

Pero no tenía otra cosa que hacer, especialmente cuando la mina me usaba para garchar con cuanto

ser vivo y dispuesto se le cruzaba por el camino. No es que ideológicamente me molestara, yo nunca fui una puritana y, si Figueroa Vázquez usaba mi cuerpo para ser feliz, adelante. Pero no hay nada más aburrido que un acto sexual cuando uno no está ni interesado ni es un protagonista activo del asunto. Imagínense; lo que yo “veía” era una porno filmada con una cámara subjetiva y temblorosa que no siempre apuntaba hacia donde sucedía la acción, a la que se sumaban sensaciones táctiles, sonoras y aromáticas no siempre agradables. Así que normalmente me aburría mientras Aurora se divertía y, por eso, aprovechaba que la conciencia suele estar con la guardia baja en estos momentos para hacer movimientos más osados. Digo, en el fragor de la “lucha” nadie se sorprende porque de repente la boca mordisquea la oreja del otro o un dedo se mete “solo” en el ojete más próximo o interesante. Incluso más de una vez me animé a lanzar jadeos o exclamaciones indefinidas de placer.

Los jodidos eran los orgasmos; al menos al principio, cuando me noqueaban por un buen momento y casi me llevaban de vuelta a la muerte (a la muerte en sentido tradicional, ustedes me entienden). Después siguieron siendo terribles, pero terribles en el nivel de terribilidad que tienen los terremotos para un habitante de un país malparado en la juntura de dos placas tectónicas. Una cagada, pero al menos una cagada a la que se está acostumbrado.

Y, siguiendo con las metáforas, fue al finalizar uno de estos sacudo-

hasta ellas y nadé, pero levantaron vuelo justo cuando creía que ya lograba mi objetivo. Me asusté con un par de toninas que saltaron no muy lejos, y ese goce y esa fascinación se transformaron en miedo al recordar los tiempos de niño. Miedo a la inmensidad del mar; miedo a los reflejos del sol sobre su superficie, que cobraban el aspecto de brillos fantasmales; miedo a que se convirtiera en realidad una repetida pesadilla: una grieta del mar abierto que me succionaba hacia el fondo. Decidí dar la vuelta para recoger mis cosas, para irme a mi departamento a esperar a Julia, y nadé hasta la orilla.

Pasé caminando al lado del pozo donde una de las nenas metía su brazo como queriendo agarrar las paredes que seguramente otra vez se habían hundido. La otra levantó la vista.

Y yo preferí seguir caminando.

Saqué una toalla, me sequé, me molestó la sal raspándome la piel. Y cuando busqué con mi vista a las gemelas, para comprobar si habían abandonado su intento o todavía perseveraban, vi un remolino en el centro de ese pozo licuado. Y un pie, con la planta hacia arriba, que desaparecía tragado por el lecho arenoso.

La gemela miraba, impávida, la transparencia espejada de esos dos o tres centímetros de agua expandidos sobre la arena que había engullido a la hermana. La madre, con la misma parsimonia, caminaba hacia el pozo. Llegó, tomó a su hija de la mano y, cuando volvió a la carpa, la abrigó con un buzo rosado de tela de toalla.

Corrí para avisarle lo que había visto.

—¡Su otra hija, señora! —le grité, confundido—. ¡Se la tragó la arena del pozo! —Me miró como si le hubiera dicho que los extraterrestres habían conquistado el planeta—. ¡La arena se la...

No me dejó terminar la frase. Agarró a su hija de la mano —seguramente para alejarla de mí— y me dio la espalda.

—¡Su hija, señora! —volví a gritarle, sin saber si debía insistir o correr hasta el pozo para salvar a la otra gemela.

—Vea, señor —me dijo, enfrentándome, seca, autoritaria—. Mi hija está acá, conmigo. —La nena me miraba con un gesto de burla—. Y me parece una broma de mal gusto lo que acaba de decirme.

—¡Le hablo de su otra hija, señora! —señalé el pozo—. ¡La arena se tragó a su otra hija!

—¡Por favor! —Me lo dijo con un tono de indignación, con el brazo estirado, mostrándome la palma de la mano en clara actitud de impedir que me acercara—. ¡Déjese de estupideces! ¡Ésta es mi hija! —Sacudía su mano en alto, sus dedos entrelazados con los de la nena—. ¡Ésta es mi única hija!

Colgó un bolso en su hombro, se dieron media vuelta y se fueron caminando.

Yo las veía irse agarradas de la mano. Las veía sin saber qué hacer.

Miré al pozo, miré a la nena irse con su madre. Y la nena giró su cabeza y me miró con esos ojos celestes. Y le vi otra vez esa mueca: los labios

bes—, un escalofrío recorrió mi cuerpo: yo nunca había soportado eso, ni la sensación de vacío debajo de mis pies; ese vacío de las olas al retirarse de la costa y los pies hundiéndose, como si una fuerza invisible desde abajo tironeara para absorberme.

Ya había tapado a su hermana hasta el cuello y la madre se acercó con un pote de protector solar. La niña miró a su madre y le dijo que no quería que la molestara, si no se daba cuenta que estaba jugando. La otra debía ser muda o sorda o ambas cosas; la madre siempre hablaba con la misma.

Y se volvió rápido a la carpa.

Me llamó la atención no ver la cabeza de la mudita enterrada. La otra me miraba fijamente. ¿Habría visto que la observaba? Y si fuera así, ¿qué hay de malo? No podía saber que yo imaginaba a la hermana sepultada viva.

Le sonreí y le tiré un besito. Sus ojos celestes se fueron oscureciendo de a poco, hasta llegar a un intenso negro, y me miraron fijamente. Su boca se deformó, se abrió, y me vi obligado a apartar la vista de esa horrible mueca. Sentí un brazo que me agarraba del cuello hasta casi ahogarme: la hermana —que supuse hundida en el pozo— colgaba de mi espalda, me clavaba sus rodillas en los riñones y me mojaba con su malla empapada de agua salada. Me raspó con la arena pegada a su cuerpo. Quise agarrarla de los brazos, pero ella lo impidió con un brusco movimiento. Quise acariciarla, para que se diera cuenta de que su travesura no me había enojado.

Y, al apoyarle la mano en la cabeza, ... no existía... Bueno, sí, existía; pero no materialmente. ¿Ella se había transformado en un espejismo, en una imagen de mi imaginación? No sé. La niña, mucho más rápida que yo, se escapó antes de que pudiera siquiera tocarla.

O quizá mi brazo pasó a través de ella. No lo sé.

Volví a la realidad.

Ella se dio vuelta y me miró; su cuerpo rígido, la mirada penetrante, los ojos celestes, y sus labios tiesos, diciéndome: *¡Dejame tranquila, que-rés!*

Me habló sin mover los labios. Me había olvidado el gorro y pensé “el sol pegando fuerte en mi cabeza”. Los rayos UV que parecen desprenderse de la arena, que deforman las siluetas de la gente cuando uno mira a la distancia, flameando verticalmente, ascendiendo hasta freírle a uno el cerebro. Sí, eso había sido. Eso o el agujero de ozono que tan de moda está.

Ellas siguieron jugando, empujadas en levantar el castillo.

Yo me paré y caminé hasta la costa, sorteé las primeras olas y me interné en el agua para refrescar, sobre todo, mi cabeza. A tratar de entender qué me estaba sucediendo.

Sabía nadar muy bien; pasé la tercera rompiente disfrutando de la hondura del océano. Flotaba, me hundía y no podía hacer pie. Vi tres gaviotas blancas que ondeaban en el mar. Me fascinaba verlas inmersas en esa quietud, subiendo y bajando al compás de las olas, manteniendo un ritmo musical. Me propuse llegar

nes cuando me encontré cara a cara con eso que Aurora llamaba “yo” (y yo llamaba “Aurora Figueroa Vázquez” o, más brevemente, “Aurora” o “ella”). No tuve la oportunidad de huir o de replegarme, como normalmente hacía. Aurora me había visto y lo primero que se le ocurrió fue destruirme. Afortunadamente, en el plano físico el nudo de cuerpos garchando le impidió levantarse con suficiente rapidez para arrojarme por la ventana o estrellar mi cabeza contra la pared, como era su intención. Y en el plano mental yo llevaba la ventaja de conocer el terreno mejor que ella. No puedo explicar lo que hice porque no existen palabras para describirlo, y mucho de lo que hice fue instintivo, pero no me fue muy difícil esquivar sus ataques y dejar a su conciencia inconsciente en un coma liviano.

Vestí a mi cuerpo, salí de la orgía y fui a buscar al cuerpo exánime de Aurora Figueroa Vázquez en la habitación contigua (donde siempre estaba mientras usaba mi cuerpo para coger, porque no había caso; ella podía encontrar gente dispuesta a hacer toda clase de perversiones, pero no conseguía a ninguna que pensase que tener a una parapléjica babosa como mirona fuera algo erótico). La cercanía con el amplificador me permitía operar más eficientemente. Tampoco puedo decir exactamente lo que hice, por carencias del lenguaje, pero una buena analogía es decir que le inoculé el virus “Carolina” a su conciencia, o personalidad, o alma, y este virus, como buen virus, luego usó a su anfitrión para hacer copias de sí mismo. O tal vez una mejor

analogía sea la de una célula cancerosa que comienza a dividirse desenfrenadamente hasta hacer metástasis. O algo por el estilo. Las analogías y las metáforas siempre son un pálido reflejo de la realidad.

Sea cual fuera la metáfora, muy pronto no quedó casi nada de lo que hacía que ella fuese “ella” y en su lugar estaba lo que yo llamaba “yo”. No es que fuese mi intención; me daba mucha culpa hacerlo, pero no tuve más remedio. Yo podría estar muerta pero, aun así, el instinto de supervivencia seguía funcionando.

Manejar mi cuerpo muerto y el cuerpo en coma y parálisis de Aurora no me era sencillo, por la falta de práctica, pero debo de haberlo hecho bastante bien, porque nadie sospechó nada cuando fui al laboratorio. O, mejor dicho, no sospecharon de la paliducha y callada chica que siempre empujaba la silla de ruedas de Figueroa Vázquez y no siguieron acrecentando las sospechas que tenían de que algo raro le pasaba a la vieja, que desde hacía un tiempo estaba como ida y no tan brillante como antes (y..., del modo en que se obsesionó con el sexo, era lógico; ella no pensaba en otra cosa y venía cometiendo algunos errores que ya estaban generando una bola de rumores). Mi torpeza fue confundida con la decadencia de Figueroa Vázquez que todos estaban notando, pero que tenían miedo de señalarle.

No volvimos a salir del laboratorio y Aurora volvió a ser la doctora Figueroa Vázquez de antes, salvo que ahora ella era yo. Puse todo mi empeño en acelerar la segunda fase del experimento, la del reciclado del cerebro

## LAS GEMELAS

EDUARDO POGGI

muerto en mi cuerpo original, usando mis neuronas muertas para hacer copias de las neuronas vivas de Aurora. Salvo que ahora, en realidad, eran las neuronas vivas de Carolina —más todos los conocimientos y la inteligencia de Aurora Figueroa Vázquez, porque tampoco iba a despreciar semejante tesoro— las que estaban copiando.

Yo no fui al funeral de Aurora Figueroa Vázquez. La idea original era revelar todo el experimento en esa ocasión; que la Aurora-en-mi-cuerpo despidiera al cuerpo-sin-Aurora o, mejor dicho, a las cenizas del cuerpo-sin-Aurora, que iban a ser lanzadas al espacio, según su deseo. Pero yo (que era la doctora Aurora Figueroa Vázquez con cuerpo nuevo, aunque más no sea para los pocos colaboradores que sabían todo sobre el proyecto) decidí que era mejor no hacer tal cosa, que el mundo no estaba aún preparado, que habría que esperar, etcétera. Obviamente, no fue eso lo que los convenció, sino la promesa de que podían adjudicarse la autoría de todas las nuevas teorías que yo tuviera de ahora en más. Nunca hay que menospreciar la ambición humana.

Y por eso, porque no hay que menospreciar la ambición humana, para prevenir arrepentimientos y traiciones,

ni bien tuve la oportunidad, les fui inyectando los nanos y me los saqué del medio. Una vez que una le agarra la mano al asunto de usurpar cerebros se hace más y más sencillo hacerlo.

Por supuesto que la curiosa racha de muertes accidentales que se llevó a varios de los principales científicos mundiales llamó un poco la atención, pero gracias a la generosa e involuntaria colaboración de los medios sensacionalistas, y a la caterva de mentalistas, astrólogos y charlatanes de diversa calaña, la racha fue rápidamente considerada sólo una extraña casualidad y pasó al olvido. Aparte, ¿quién iba a sospechar de una técnica de laboratorio paliducha y de bajo perfil, si ni la gente que tenía cerca notaba que ella estaba cada día más inteligente?

Pero en seguida me aburrí del ambiente científico y me fui. Ahora vivo en una cabaña en el medio de un bosque, en las afueras de un pequeño poblito de montaña. Los cerebros de los mochileros no son tan nutritivos pero me ayudan a seguir tirando, hasta que mi cuerpo no aguante más y tenga que salir a buscarme uno nuevo.

Y con el viejo, que los animales del bosque hagan lo que quieran; no me importa lo que pase con él.

© SAURIO, 2013.

SAURIO

(Argentina —Buenos Aires, 1965—)

Escritor polirrubro, con múltiples publicaciones, en **NM** colaboró con “Todo lo que hacemos es desear” (# 3) y “Te llevo bajo mi piel” (# 12).

Esa noche llegaría Julia desde Buenos Aires y me fui a la playa a matar la tarde.

Dos gemelas que jugaban en la playa con moldes de plástico llamaron mi atención. Jugaban en medio de un gran espejo de agua, arrodilladas en el lecho de la arena semilíquida. Cada vez que trataban de levantar las paredes de un castillo, éstas se hundían en la arena licuada por el agua espumosa de la costa.

Las niñas intercambiaban miradas silenciosas. Rubias, de pelo largo y sedoso, de tez pálida, una parecía la copia de la otra, como si se vieran reflejadas en un espejo.

Una mujer —supuse que la madre— las vigilaba desde la carpa.

Yo miraba a las gemelas interesado en la terca actitud: cuanto más rápido el pozo tragaba a las paredes que se derrumbaban por la inestabilidad del suelo arenoso, más rápido

retomaban la tarea, más empeño ponían.

Me recordaron mi infancia, cuando construía castillos en esa misma playa, temiendo el derrumbe de los muros y la aparición de monstruos marinos y dragones entre las torres y desde las profundidades del océano.

Las gemelas seguían armando el castillo. El puente de entrada sobre el foso y las cuatro torres periféricas aún hacían equilibrio. Parecía que esta vez lo lograrían.

Me distraje cuando la madre agarró un bolso. Y al volver la vista las vi justo cuando las paredes derrumbadas del castillo se perdían en el fondo del pozo aguachento. Parecía que el espejo de agua cobraba vida para engullirse las paredes y a cualquiera que se le pusiera adelante.

Cuando una de las gemelas puso a la otra en el pozo y comenzó a hablar —quizá frustrada por los derrum-